

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CARI /

Ricardo J. Siri – Horacio Zorraquín Becú

Felipe A. Espil

1

Los Diplomáticos

Felipe A. Espil

Ricardo J. Siri – Horacio Zorraquín Becú

Felipe A. Espil

Ricardo J. Siri – Horacio Zorraquín Becú

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 1 – Marzo 1988

ISSN 1668–9666

NOTA PRELIMINAR

El 18 de mayo de 1987 tuvo lugar en la sede del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, un acto en homenaje a la memoria del Embajador Felipe A. Espil, con motivo del centenario de su nacimiento.

Recordaron a tan insigne diplomático el Presidente del CARI, Embajador Carlos Manuel Muñiz, el Embajador Ricardo J. Siri y el Doctor Horacio Zorraquín Becú.

INDICE

Palabras previas por el Embajador Carlos Manuel Muñiz, Presidente del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales	7
Disertación del Embajador Ricardo J. Siri	10
Disertación del Doctor Horacio Zorraquín Becú	22



PALABRAS PREVIAS POR EL EMBAJADOR CARLOS MANUEL MUÑIZ, PRESIDENTE DEL CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Recordamos hoy el Centenario del nacimiento del Embajador Felipe A. Espil, quien representó –durante su larga trayectoria en el servicio exterior argentino– las calidades ejemplares del talento y de la capacidad diplomática.

Aunque no me corresponde comentar los rasgos sobresalientes de su personalidad, pues es tarea que le ha sido confiada a dos calificados expositores, el doctor Horacio Zorraquín Becú y el Embajador Ricardo Siri, no puedo sustraerme al deseo de formular algunas breves consideraciones personales.

Dotado de una sólida formación intelectual y de un sentido preciso de la responsabilidad el Embajador Espil fue, no solamente el modelo del profesional, ha sido, además, el modelo de una época de jerarquía y calidad en las prácticas internacionales.

La forma, el instrumento primario del diplomático, respondió –en su caso– a una clara concepción de la tarea que debía cumplir, de la misión que se le había confiado. Felipe Espil puso al servicio de su sensibilidad política –que usó con maestría– el profundo, conciente, reflexivo conocimiento de los asuntos que debió encarar.

Su cultura general, reflejada en los informes diplomáticos, en las publicaciones académicas y en la conversación espontánea, fue el basamento que dio consistencia a su acción.

Resulta importante mencionar estos atributos que marcan un destino y califican una profesión.

Circunstancias muy especiales, pues me tocó suceder al Embajador Espil en la Embajada en Brasil y, muchos años después, desempeñar igual misión en los Estados Unidos de América, me permitieron comprobar el prestigio de su nombre, que se mantenía en esos países, a través del tiempo, como una presencia viva.

La diplomacia, para ser ejercida cabalmente, debe responder a las exigencias de una vocación auténtica. Nada es posible sin amor, sin un vuelco profundo hacia el honroso oficio de representar al país. No hay, quizás, otra profesión donde una persona asuma tan enteramente su propia patria, donde el individuo se confunda con ella, sin poder eludir, en momento alguno, ese compromiso. En el extranjero él es, de algún modo, su país, más allá de sus intereses y de sus preocupaciones personales. Por eso solo quien tiene la capacidad de saber renunciar está en condiciones de asumir con plenitud ese honor.

Felipe Espil comprendió, vocacionalmente, el sentido ético de la profesión. Fue un diplomático por vocación. Tenía, como expresé en otra oportunidad, el oficio metido dentro del cuerpo.

He aquí el sentido de su ejemplaridad. Cuando nos referimos a él evocamos a quien tuvo el orgullo de sentirse argentino, hijo de un país con presencia en el mundo, un país optimista, confiado en su destino de grandeza, impulsado por el esfuerzo, hijo de la fe. Un país que continúa alerta, dispuesto a nuevas cruzadas, porque tiene el sustento de sus grandes reservas morales e intelectuales intactas.

Hay que creer. Ese es el signo para despertar. Tengo fe, confío, porque entre quienes han sucedido a Felipe A. Espil en el exigente oficio de la diplomacia hay muchos funcionarios calificados que representan al país con dignidad y han sabido defender sus intereses con empeño y valentía.

El ejemplo de los predecesores tiene, con su elocuencia, la fuerza necesaria para impulsar la fe. Su evocación es, pues, no solo un recuerdo del pasado, es mucho más, un compromiso para el futuro.

Al recordar al Embajador Espil, lo hacemos no solamente seguros de que cumplimos con un acto de justicia sino que, además, contribuimos a afirmar los valores que hicieron grande a nuestra patria.

Señores:

No puedo terminar estas palabras introductorias sin rendir el más cálido homenaje a su digna compañera, la señora Courtney Letts de Espil, quien nos ha honrado al venir especialmente desde los Estados Unidos para estar presente en esta conmemoración.

La Señora de Espil, une a su innato refinamiento y a su elegancia proverbial la fuerza dominante de una inteligencia siempre despierta. Su marido tuvo en ella apoyo y consejo, confianza y amor. Digno modelo de una dama que hoy nos pertenece a todos nosotros. De una escritora que buceó en las raíces de nuestra historia con profunda versación. De una "esposa de Embajador", como ella misma se calificó, que nos representó con jerarquía y calidad y defendió nuestros asuntos como propios.

Y, finalmente, al saludar a los demás miembros de su familia, que hoy nos acompañan, quiero destacar la presencia del Vicepresidente del Consejo, el Embajador Jorge A. Aja Espil, quien asumió con altura en el campo diplomático la herencia de su illustre tío y, a quien le caben, más que a nadie, las palabras de Vera y Zuñiga: "El que debe mucho a su sangre trae siempre la obligación delante, y no le parece posible faltar a ella".



Embajador Felipe A. Espil y Señora de Espil, en Londres, 1946.

DISERTACIÓN DEL EMBAJADOR RICARDO J. SIRI

En la mañana del 9 de julio de 1935 llamé a la puerta de las oficinas de nuestra Embajada en Washington, en Corcoran Street, y ante mi sorpresa la abrió el mismo Embajador, quien muy amablemente me invitó a pasar a su despacho.

La sencillez y naturalidad de ese recibimiento fue la primera lección que recibí de quien sería mi jefe durante más de cinco años, el Embajador Felipe A. Espil. Así inicié mis funciones diplomáticas como segundo Secretario en la importante Embajada a cargo de uno de los Embajadores más destacados de nuestro país.

En aquellos tiempos, el Representante ante la Casa Blanca lo era también ante la Unión Panamericana.

El haber trabajado al lado de Espil es el único título que puedo exhibir para ocupar esta tribuna en nombre de colegas que tuvimos la satisfacción y gran honor de ser sus colaboradores. Otros lo harían con mayores méritos, pero no les oculto que me siento muy halagado.

A mi llegada, la Embajada estaba integrada con sólo tres funcionarios: los Secretarios Eduardo Vivot y García Montero y el Agregado Civil Erasto M. Villa. Después con el tiempo se fueron produciendo cambios. Con el riesgo de algún olvido, voy a citar a los Consejeros Héctor Ghiraldo y Ricardo Bunge; a los Secretarios Héctor Días Leguizamón, Carlos Pardo, Adolfo Scilingo, Luis Mariano Zuberbuhler, Jorge Escalante Posse y Guillermo Uriburi; a los Agregados técnicos Ceferino Alonso Yrigoyen, Carlos García Mata, Miguel E. Quirno Lavalle y Douglas Norman. Entre los Agregados Navales recuerdo a los Almirantes Leonardo Mac Lean, Horacio Smith, Sabá Sueyro y Alberto Brunet y de Ejército, al intrépido aviador Coronel Pedro Zanni. Algunos de ellos presentes hoy aquí y a otros muy queridos, en el recuerdo.

Mi primer tarea, por indicación del Embajador, fue revisar el archivo de las notas cursadas en esos últimos meses con la Cancillería y también el viejo archivo que se fue acumulando desde la gestión de nuestro Representante Diplomático el General Carlos María de Alvear, nombrado en 1838, que incluía notas firmadas por el mismo Alvear, sobre la cuestión de las Malvinas.

Al Embajador Espil le preocupa que ese viejo archivo continuara en Washington, y finalmente logró autorización para remitirlo a Buenos Aires, lo que se hizo con la Fragata Sarmiento aprovechando su penúltimo viaje de instrucción al exterior en que visitó la ciudad de Filadelfia, en el año 1937.

Ingreso de Espil a la Carrera Diplomática

Felipe Espil ingresó a la diplomacia en forma bastante casual. En la Facultad de Derecho fue alumno de Leopoldo Melo, con quien años después se encontró viajando por Europa.

En el año 1918, el Dr. Tomás A. Le Breton fue designado Embajador ante los Estados Unidos y le comenta a Melo que está buscando un abogado joven que sepa inglés para que lo acompañe como Secretario en la Representación. Melo le recomienda a Felipe A. Espil, quien rechaza el ofrecimiento, porque no quiere alejarse del país. "Soy abogado, tengo mi estudio y estoy trabajando bien", le dice. No obstante acepta entrevistarse con el Dr. Le Breton en la Universidad Popular de la Boca. Le Breton lo convence de que un breve alejamiento, de no más de dos años, no lo perjudicará mayormente, que es lo mismo que él piensa hacer, prometiéndole que regresarían juntos. Le Breton, inteligente y sagaz, había valorado sin equivocarse, al candidato, y no lo dejó escapar. Luego hubo entre ellos una gran amistad, que está reflejada en la abundante correspondencia que sostuvieron permanentemente.

Espil viaja a Washington a principio de 1919 donde se queda casi 10 años, como Secretario, Consejero y Ministro. Después va como Jefe de Misión a Holanda, Dinamarca y Noruega para volver a los Estados Unidos como Embajador durante doce años más, entre 1931 y 1943. Finalmente ocupó las Embajadas en España, Gran Bretaña y Brasil.

La Embajada de Washington

El ámbito de trabajo en la Embajada de Washington era sumamente agradable.

Reinaba una gran camaradería, una armoniosa convivencia. Espil era muy exigente con el trabajo y la puntualidad. A un Secretario que con cierta frecuencia llegaba tarde, un día lo sorprendió al ofrecerle un lindo paquete de regalo que contenía un reloj despertador de gran tamaño. Espil corregía los errores con afecto. No me caben dudas de que las embajadas las hacen los embajadores. La forma de trabajar y sus resultados es mérito del Jefe de Misión.

Espil era igualmente muy generoso. A algunos secretarios nos gustaba concurrir al Chevy Chase Club, del cual sólo los Embajadores podían ser socios. Entonces íbamos como invitados de Espil, y lo que consumíamos lo poníamos en su cuenta. El arreglo era que cuando recibiera las notas de gastos nosotros pagaríamos la parte nuestra. Pero el Embajador nos decía repetidamente que aún no le habían llegado las cuentas. Para abreviar, les diré que tuvimos que interceptar su correspondencia y así poder pagar nuestros gastos.

Al Embajador también le interesaba que sus jóvenes colaboradores aprovecháramos las oportunidades de alto nivel que ofrecía el ámbito universitario de Washington. En esa época, la única Escuela de Diplomacia que existía, estaba en la "George Town

University", y por su consejo, fuimos varios los funcionarios, que en distintos años, asistimos regularmente a los cursos de Derecho Internacional Público que dictaba el renombrado profesor James Brown Scott.



Señora de Espil, Embajador Felipe A. Espil y Ministro del Interior Leopoldo Melo, Residencia Presidencial de Olivos, 1937.

La Madre Avellaneda

Por su vinculación con la Embajada, no puedo dejar de nombrar a una monjita argentina que llegó a Washington dos semanas antes que yo. Me refiero a la Madre Victoria Avellaneda, de la Orden del Sagrado Corazón, hija del Presidente Nicolás Avellaneda. Pasó los últimos treinta y tres años de su vida entre New York y Washington.

Manténía regular correspondencia con Buenos Aires. Su hermano Marco era quien con más frecuencia le escribía comentando los acontecimientos más importantes del país.

La Madre Avellaneda, cuando recibía noticias nos llamaba. Yo tenía gran admiración y aprecio por ella y la visitaba muy seguido porque era un placer oír la hablar de su padre, de Sarmiento y de su "adorado Buenos Aires", al que había dejado a principios del siglo.

La señora Courtney Letts de Espil que hoy tenemos el grato placer de su compañía, fue una de sus grandes amigas. Al morir la Madre Victoria en 1955, publicó en "La Nación" un artículo muy afectuoso, recordando a esta querida Monjita argentina.

Conferencia de Paz del Chaco

En 1936 se produjo un hecho importante vinculado con la Conferencia de Paz del Chaco. Como se recordará en junio de 1935 Bolivia y Paraguay firmaron una tregua y se decidió con los países mediadores citar a una Conferencia de Paz para poner fin al conflicto bélico.

Pero pasó casi un año y medio sin que se efectuara la reunión porque no se lograba un acuerdo sobre el lugar para la misma. El problema lo presentaban Argentina que insistía en que la sede fuera Buenos Aires y Brasil que reclamaba la sede para Río de Janeiro.

En esas circunstancias, Espil recibe una carta de nuestro Embajador en Brasil, el Dr. Ramón J. Cárcano elogiando y recomendando al nuevo Embajador brasileño en Washington, Osvaldo Aranha, quien viajaría en los próximos días para asumir su cargo.

Cuando Aranha llega a Washington, Espil lo visita apenas pasadas 24 horas de su arribo, ignorando los usos diplomáticos de que el recién llegado debe visitar primero. El gesto coincidía con su modo de ser, sencillo y espontáneo y complació mucho al nuevo Embajador.

Pero pasaba el tiempo y no se veían perspectivas de solución. La opinión de los países americanos presumía que se trataba de una cuestión personal entre los Ministros de Relaciones Exteriores de Argentina y Brasil, obstinados con sus posiciones Carlos Saavedra Lamas y Juan Carlos de Macedo Soares.



Sentados, Embajador Felipe A. Espil, Presidente Franklin Roosevelt y Secretario de Agricultura Henry Agard Wallace, 1935.

Finalmente, al día siguiente, en el cual los dos Embajadores amigos habían sostenido otra larga conversación sobre el tema, Aranha lo llamó a Espil para decirle que no se preocupara más, ya está resuelta la cuestión sede.

¿Qué había pasado? Aranha, molesto por el "impasse", había telefoneado esa noche a su gran amigo el Presidente Getúlio Vargas, pidiéndole que tomara alguna medida a nivel presidencial para encontrar una solución. La reacción fue rápida. Sin siquiera consultar a su Canciller, el Presidente lo autorizó para que comunicara al Departamento de Estado y a la Unión Panamericana que Brasil aceptaba a Buenos Aires como sede de la Conferencia.

Fue un gesto muy noble del Brasil y así fue como el 1º de diciembre de 1936 pudo reunirse en Buenos Aires la Conferencia de Paz del Chaco con la Presidencia del Canciller Saavedra Lamas y la presencia del Presidente Franklin Roosevelt, el Secretario de Estado Cordell Hull y el Subsecretario para Asuntos de América Latina Sumner Welles. El Embajador Espil desempeñó la Secretaría General de la Conferencia.

El éxito de la Conferencia de Paz se sumó a otros muchos méritos que tenía el Canciller Saavedra Lamas para que se le otorgara el Premio Nobel de la Paz, del año 1936.

El tratado de comercio

Desde fines del siglo pasado nuestra Representación en los Estados Unidos venía intentando negociar un tratado de comercio. Se ocuparon del tema distinguidos Jefes de Misión como fueron los Ministros Vicente Quesada, Eduardo Wilde, Martín García Merou, Epifanio Portela y los Embajadores Rómulo S. Naón, Tomás A. Le Breton, Honorio Pueyrredón, Manuel Malbrán y Felipe A. Espil.

Pero antes que asumiera la Presidencia de la Nación el Dr. Roberto M. Ortiz (el 20 de febrero de 1938), el Embajador Espil le ofreció su renuncia. Lo recuerdo bien, lo hizo con una carta "personal" cuyo borrador me dio para que lo pasara a máquina.

Con la hidalguía y sentido de la oportunidad que lo caracterizaban le pedía que no sintiera escrúpulos en disponer de la Embajada de Washington. Es natural, decía, que un Gobierno nuevo quiera realizar cambios en sus representaciones en el exterior, y él ya llevaba siete años al frente de esa Embajada.

Los doctores Ortiz y Espil habían sido compañeros de estudios en la Facultad de Derecho y conservaron siempre una buena amistad.

Menciono esa carta porque aquí tengo la contestación del Presidente Ortiz que lo confirma en el cargo a la vez que lo compromete para que siga bregando por el tratado.

La carta dice así:

PRESIDENTE DE LA NACION ARGENTINA

Abril 8 de 1938.

Mi estimado amigo:

Comprenderá cómo tengo absorbido mí tiempo, y así justificaré mi demora en contestar su atenta carta del 9 de febrero, cuyos buenos deseos y augurios agradezco íntimamente.

Considero innecesario tener en cuenta su ofrecimiento del cargo que ocupa, pues estimo que nadie está más capacitado que usted para desempeñarlo con la eficacia y dignidad requeridas. Usted tiene entre manos la importante gestión del tratado y es conveniente que prosiga esa misión con toda la autoridad y el entusiasmo que puso hasta ahora.

El mensaje que le transmitió Alonso Irigoyen, deseo ratificárselo en todas sus partes, pues si las tramitaciones fracasan no quiero que sea por culpa nuestra de ningún modo.

Debo decirle, confidencialmente, que me está invadiendo un poco de escepticismo respecto al resultado final. A pesar de las reiteradas manifestaciones del Gobierno del Señor Roosevelt y de la preocupación que exterioriza por concluir un convenio aceptable para ambas partes, se me ocurre pensar que no se pone toda la decisión firme que se requiere, dado el estado de la opinión periodística y parlamentaria. En otros asuntos el gobierno propone y obtiene lo que desea, pero en el que nos interesa hay menos recursos en juego. Se olvida fácilmente que en la guerra aduanera somos víctimas y sin duda se da poca importancia a cualquier posible reacción por nuestra parte. También se echa en olvido que constituimos un mercado que absorbe más que otros pueblos, por su excepcional capacidad de adquisición, y que en películas, automóviles, maquinarias agrícolas y otros productos manufacturados, somos fuertes tributarios.

Sin embargo nuestro lino, a pesar de que escasea en el mundo y de ser notorio que debemos exportar el 80% de la producción, sufre restricciones que se mantienen artificialmente.

Quiero que me interprete bien. Estas reflexiones no tienden a descorazonarlo. Por el contrario espero que estimularán su actividad y su empeño en el propósito.

Mi señora agradece y retribuye los amables saludos de ustedes y yo le reitero las expresiones de mi invariable estimación y amistad.

Fdo. ROBERTO M. ORTIZ

Señor Doctor Don Felipe A. Espil
Embajador Extraordinario Plenipotenciario
en los EE.UU. de América

WASHINGTON

Al año siguiente, el Gobierno Americano anunció su decisión de negociar un convenio comercial, provocando el ataque despiadado del Senador Capper del Estado de Kansas y demás senadores y diputados de los Estados productores de maíz, trigo y carne.

Esta vez el Departamento de Estado se mantuvo firme, siguió adelante con la iniciativa y envió a Buenos Aires una comisión de expertos (octubre de 1939).

Espil puso siempre gran empeño en sacar adelante el difícil tratado y nunca perdió su optimismo. Es sabido que tenía una gran amistad con Sumner Welles y muy buenas relaciones con Cordell Hull. El mismo Presidente Roosevelt tenía un trato muy deferente con Espil y su esposa Courtney, diría amistoso y poco protocolar.

Aquí tengo una carta del Presidente Roosevelt agradeciéndole el envío de un cajón de vino argentino, con la que expresa esa cordialidad.

La carta, traducida, dice así:

Febrero, 2 de 1934

"Querido Embajador:

"Después de haber hecho de todo, menos usar el entero Servicio Secreto para dar con la pista del tan deseado regalo de Navidad, finalmente lo localicé. Se lo agradezco muchísimo. Es realmente delicioso y fue más que amable que usted se acordara de mí".

"Espero el placer de verlo pronto de nuevo,

Siempre suyo sinceramente"

FRANKLIN D. ROOSEVELT

No caben dudas de que las vinculaciones personales logradas por Espil con tantas personalidades del gobierno y del Congreso, debieron influir en crear un ambiente favorable. La negociación de un convenio en ese momento, armonizaba con la tan publicitada política del Buen Vecino, tan cara al Presidente Roosevelt. Por otra parte, la

guerra europea que recién empezaba y el deseo de limar discrepancias con los países de América Latina fueron igualmente factores favorables para un mejoramiento de las relaciones.

Ante las medidas positivas de negociar el Dr. Espil escribió al Ministro de Relaciones Exteriores Dr. José María Cantilo diciéndole entre otras cosas, "...A usted le tocará el honor de suscribir un acuerdo por el que nuestro país ha bregado infructuosamente desde hace medio siglo. Por lo que a mí concierne me sentiré muy satisfecho si algún día se reconoce, por lo menos, que un poco de esto ha sido resultado de mis esfuerzos".

Las negociaciones se extendieron por casi dos años debido a que el año 1940 fue un año de elecciones en los Estados Unidos. El tratado se firmó en Buenos Aires el 14 de octubre de 1941 entre el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Enrique Ruiz Guiñazú y el Embajador Norman Armour.

El Dr. Ruiz Guiñazú envió al Dr. Espil el siguiente telegrama: "Hoy he firmado el tratado comercial con los Estados Unidos. Me complace congratular a V. E. dejando testimonio de su eficaz y tesonera acción que ha permitido conducir con éxito estas negociaciones".

Al fin la buena noticia. Los esfuerzos de Espil habían tenido éxito. Yo me enteré de la firma del tratado estando en Londres, donde se me había trasladado. Recordé lo que tantas veces había oído afirmar como condiciones necesarias para un buen negociador: empeño, perseverancia y sobre todo paciencia, mucha paciencia.

Un diario de Washington comentó que al fin se había logrado firmar el tratado de comercio después de setenta y dos años de negociaciones.

Primera Asamblea de la O.N.U.

Formando yo parte de la Embajada de Gran Bretaña, se reunió en Londres la Primera Asamblea de las Naciones Unidas, el 9 de enero de 1946. La Argentina fue uno de los 51 países presentes. Formaban nuestra Delegación los Embajadores Lucio Moreno Quintana, Felipe A. Espil y Pablo Santos Muñoz y los Ministros Adolfo S. Scilingo y Ricardo J. Siri.

No voy a hablar de la Asamblea y sus logros. Sólo la recuerdo porque fue una grata ocasión de trabajar nuevamente al lado de mi primer Jefe, lo que se repitió pocos meses más tarde, cuando Espil fue nombrado Embajador ante la Corte de Saint James, para suceder al Embajador Miguel Angel Cárcano, gran Embajador y excelente Jefe, que había renunciado.

Ese mismo día se casó en Londres una hija del Embajador Cárcano, y los delegados sentimos mucho no poder acompañarlos en la ceremonia religiosa, porque coincidió con la apertura de la Asamblea.



Ministro de Relaciones Exteriores Enrique Ruiz Guiñazú,
Secretario de Estado Cordell Hull y Embajador Felipe A. Espil,
Washington. 1941.

EL DIPLOMATICO

En nuestra Carrera Diplomática se trata de incorporar no sólo a candidatos que tengan una buena preparación universitaria sino que reúnan igualmente condiciones personales.

Se valora la inteligencia, el conocimiento de idiomas, la facilidad de comunicarse, la simpatía, la modestia, la educación y la cultura. Esta tarea está a cargo del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, creado hace más de 20 años por el Embajador Carlos M. Muñiz, siendo entonces Canciller.

Espil, como otros destacados Embajadores argentinos, no pasó por el Instituto, pero pareciera que el Instituto se inspiró en diplomáticos como él al proponerse formar buenos funcionarios para el Servicio Exterior.

Lord Chesterfield decía, en carta a su hijo Stanhope: "Lo que un diplomático necesita más es el sentido histórico y el sentido común", Espil poseía ambas condiciones, especialmente su buen sentido común y respeto humano eran notables, dos condiciones que hoy preocupan por su ausencia en muchos ámbitos diplomáticos y políticos.

No quiero terminar sin mencionar a la gran compañera que tuvo Espil en Courtney. Con su inteligencia, belleza y su gran amor a la Argentina compartió la labor y los éxitos de sus Misiones diplomáticas.

Ahora, al recordar al Embajador Felipe A. Espil, no puedo menos que felicitarme por haber tenido la buena suerte, al igual que muchos otros colegas, de iniciarme al lado de un Jefe que fue un gran diplomático y un buen maestro de diplomáticos.



Director de Ceremonial Español y Embajador Felipe A. Espil,
en su presentación de credenciales,
Madrid, 1945.

DISERTACIÓN DEL DOCTOR HORACIO ZORRAQUÍN BECÚ

Señor Presidente,

Señora de Espil a quien me honro en saludar,

Distinguidas señoras,

Señores:

I

Nada puede serme más agradable que el recordar con vosotros la figura señera de Felipe Espil, recordarle en nombre del Círculo de Armas que desde 1930 era el Club de sus amores y evocarlo en este recinto del Consejo cuyos óptimos frutos y títulos vienen mereciendo el aplauso de nuestra gratitud.

Cuando mis mocedades, que algunos pesimistas sospecharán lejanas, quiso el azar que le conociera y frecuentara. Miguel Angel Cárcano, mi querido y grande amigo, no fue ajeno a esas coincidencias en su casa de la calle Zenteno donde ambos, diplomáticos y talentosos, generosos en el decir y oportunos en el callar, rodeados por la maravillosa biblioteca y entre los dos gauchos federales pintados por Monvoisin, derrochaban con espiritual elegancia una simpatía, un sentido del humor y una mundana sabiduría que me traía deslumbrado. Sobra decir que estaba yo al acecho de las oportunidades de reanudar con el Embajador un diálogo que, para mi gusto, siempre permanecía inconcluso y así poder escuchar de sus labios el ágil y sabroso anecdotario de una rica experiencia.

Cuando Madame Bovary –y perdóneseme si traigo inopinadamente al ruedo a tan vilipendiada heroína romántica– harta de padecer la angustiosa chatura de su recoleta vida provinciana quería imaginar otras vidas más deleitosas, pensaba siempre en el inquietante mundo de los diplomáticos. “Se deslizan –decíale a Flaubert– sobre parquets relucientes en torno a ovaladas mesas cubiertas por tapices de terciopelo recamados en oro. Vestidos de larga cola, insondables misterios, hondas preocupaciones que las sonrisas apenas disimulaban. La existencia de esos privilegiados supera a todas las otras, planea atormentada y tormentosa entre el cielo y la tierra, es algo sublime”¹.

1. Gustave Flaubert “Madame Bovary, Moeurs de Province”. Edition définitive. Paris, Charpentier, 1907, p. 63. La editio princeps es de 1857.

En ese deslumbrante mundo con el que soñaba Madame Bovary hizo irrupción nuestro protagonista en 1919, al cumplir treinta y dos años, y poco tardaría en advertir que, pese a la intrépida opinión de la ilusa provinciana, ni siquiera el andar de la sagacidad o de la prudencia podía estar seguro de deslizarse sin tropiezos sobre los lustrados pisos de roble.

II

Propuesto por Tomás A. Le Breton, que iniciaba su embajada en los Estados Unidos, asumía el doctor Espil el cargo de primer secretario y siempre se felicitó de que le permitiera el azar dar comienzo en tan buena compañía a su aprendizaje diplomático. Y como que una característica de Espil fue la de la leal consecuencia profesó siempre por Le Breton, con quien mantuvo una amistad sin sombras a lo largo de cuarenta años, el más decidido respeto y la más afectuosa de las consideraciones. Cuando a principios de 1959 muere Le Breton envía desde Río de Janeiro a la Prensa un largo artículo en el que le retrata de mano maestra. Recuerda "su excepcional penetración y claridad de juicio" subrayando que fueron esas aptitudes las que le habilitaron "para abordar la tarea de su misión con maestría, con desenvoltura y con autoridad". "Desde entonces y hasta ahora, nos dice, fue Le Breton para mí y por siempre el embajador por excelencia"².

Maestría, desenvoltura y autoridad, quizá esos tres calificativos en labios del Espil ya maduro que concluía en el Brasil su cursus honorum constituían la quintaesencia del arte de la diplomacia; tal vez al pronunciarlos en elogio al maestro se miraba, sin advertirlo porque no era vanidoso, en su propio espejo. Otros calificativos mereció, aun en vida. Recuerdo los que le tributó el doctor Dell'Oro Maini de tan alta prosapia intelectual y también embajador, llamándole, cuando Espil se incorpora a la Academia del Derecho, "prototipo del diplomático sagaz, activo y prudente"³.

Lo exacto es que bien pertrechado estaba el novel diplomático para iniciarse en lo que sería el escenario de su vida. Bien pertrechado porque su permanente vocación por el derecho habría de trazarle las líneas de la lógica razonadora, infundirle los rigores de una fecunda disciplina mental. En la Facultad de Derecho, el estudiante aventajado del diploma de honor, tuvo la buena fortuna de escuchar a preclaros profesores. Los europeos cuando evocan a personas ilustres suelen mencionar a sus maestros. Son ellos, a no dudarlo, los que dejan en nosotros sus huellas, el imprimatur. Puede que las recientes generaciones a fuer de autodidactas no los necesiten, pero en la época de Espil aun existían catedráticos cuyos nombres recordaba complacido. Eran

2. Espil se encontraba en Río de Janeiro como Embajador.

3. Discurso del doctor Atilio Dell'Oro Maini reproducido en "Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales", Año XII, 2a. época, nº 9, p. 11. Dell'Oro Maini era en ese entonces presidente de la corporación.

Carlos Ibarguren, Carlos Octavio Bunge, Marcos Avellaneda y Estanislao Zeballos cuyo talento y envidiable elocuencia no le impidieron ser juzgado como un temerario Ministro de Relaciones Exteriores. Eran, como dijo Juan Silva Riestra, condiscípulo de Espil, “eran todos ellos los grandes señores de la cátedra, los que nos señalaban los difíciles senderos del estudio”⁴.

No fue el doctor Espil el abogado que sólo se propone agregar un título de honra y prez a los otros que cosecharía una carrera venturosa. Lejos de ahí. Su tesis sobre “El recurso extraordinario ante la Suprema Corte” abordaba un escabroso y en ese entonces poco transitado tema y a ella acudíamos después nosotros, improvisados procesalistas, al iniciarnos en la profesión, en trance de desasnarnos. Al doctorado porteño se agregaron los de las universidades de Ruttgers y Brown, no siendo ajeno a que se le otorgara el codiciado título selectivo de esta última la amistosa sugestión del famoso Charles Evans Hughes, el muy prestigioso presidente de la Corte Suprema americana, el Chief Justice, el primero de los “nine Old Men” que también había sido Secretario de Estado.

III

No sería la *vís* jurídica y la capacidad y el entrenamiento dialéctico que de ella emana, el único pilar en que habría de apoyarse su vocación diplomática. Quienes, ayudados por la perspectiva del tiempo –ese temible aliado– se propongan analizar su personalidad, según la calidad de sus frutos y no según la imaginativa fantasía, también advertirán en Felipe Espil una inteligencia proyectada hacia la historia. Era ésta, la historia, según su sentir, el complemento ineludible del derecho. No ha de sorprendernos esa simbiosis en su espíritu, puesto que nada puede haber más próximo al proceso histórico que la política internacional. Ella decide del destino de los países, los conduce por el tortuoso camino de las rivalidades, de los intereses opuestos o de la directa beligerancia, al triunfo o la derrota, al predominio o a la soledad de una decadencia que ninguna simulación o retórica logran disimular. De ahí que no exista actividad más próxima al engendrar histórico que la diplomacia puesto que pasan por sus manos, en última instancia, la guerra o la paz.

Esa sensación, ese convencimiento, esa evidencia de transitar hechos y circunstancias que ha de registrar la memoria de los pueblos; de que se está interviniendo en jornadas azarosas o decisivas para el país es una pesada carga que puede ser opresiva y angustiada. Ser o poder ser el protagonista del decidir histórico, convertirse en el instrumento del devenir, hacer la historia, colaborar en ella, seducirla, es espejismo que

4. Juan Silva Riestra, discurso pronunciado en la Academia de Derecho y Ciencias Sociales al incorporarse el doctor Felipe Espil como miembro de número (Anales, cit. p. 15 y sigs.)

algunos alcanzaron. Otros, en cambio, padecieron su ingratitud, fueron sus víctimas. La mano de la Historia, esa que escribe sin prisa sus fallos sobre tablas de bronce, se olvidó de sus nombres o si los recordó fue para maltratarlos.

Nada de eso ignoraba el flamante secretario de Embajada. En él el ingrediente de la historia, con su flexibilidad y sobre todo con su realismo, corregía el rigor de las fórmulas jurídicas. Por eso a su espíritu lúcido se le abrieron de par en par las puertas de la política.

El doctor Espil no fue en sentido estricto un historiador, pero en 1956 publicó un importante volumen de 660 pp. cuya despaciosa lectura es dable recomendar. En él, tras ímproba labor, exhuma, reúne, traduce y anota las crónicas diplomáticas de John Murray Forbes, amigo de John Quincy Adams, a quien el Presidente Monroe nombra Cónsul General en Buenos Aires, presentando sus credenciales al gobernador Marcos Balcarce en diciembre de 1820. En 1831, once años después, muere Forbes en su quinta que quedaba a escasos metros de las Cinco Esquinas. El libro, pese a sus fascinantes referencias a Buenos Aires, a su ambiente y a las circunstancias políticas de la época, no mereció los honores del bestseller, pero es dable pensar que honra a la mejor biblioteca⁵. En ese estudio y en el que en octubre de 1955 dedica a César Augusto Rodney, malogrado diplomático graduado en la Universidad de Pensilvania y muerto en Buenos Aires a mediados de 1824⁶, pone de manifiesto el doctor Espil no sólo su

5. John Murray Forbes, "Once años en Buenos Aires, 1820-1831. Las crónicas diplomáticas de John Murray Forbes. Compiladas, traducidas y anotadas por Felipe A. Espil". Buenos Aires, Emecé Editores 1956. También es autor del estudio preliminar el doctor Espil quien, a los efectos de la recopilación documental, tuvo acceso a los Archivos Nacionales de Washington (D.C.). En dicho repositorio se conserva la correspondencia de Forbes con el Departamento de Estado. En cuanto a la correspondencia particular de Forbes con John Quincy Adams, que también transcribe el doctor Espil, se encuentra archivada en la Sociedad Histórica de Massachussets por mandato del Adams Manuscript Trust. Dicha correspondencia privada permanecía inédita hasta su publicación por el doctor Espil en 1956. Entre esas cartas al futuro presidente de los Estados Unidos intercala Forbes la que con fecha del 15 de diciembre de 1828 recibe del General Lavalle intentando justificar la muerte de Dorrego. Forbes quiso interponer su mediación para impedirlo. Entiendo que tan invaluable documento se publicaba entonces por primera vez. Dice Espil que Forbes "más de una vez emite juicios sobre nuestros hombres y nuestras cosas que no sólo son severos, sino hasta muy injustos. Pero digamos en su descargo –agrega– que esas demasías son achaques de los diplomáticos de todos los tiempos y que no son ciertamente los mejores aquellos que todo lo encuentran bien en el país donde están acreditados" (p. 29). Merecen subrayarse estas últimas líneas dictadas por la experiencia.

6. Fruto y resumen de esos estudios sobre Rodney fue el ensayo que publicó Felipe Espil en La Nación del 30 de octubre de 1955 con el título de "La atribulada misión de César Augusto Rodney". Hijo de una muy distinguida familia americana –su tío César Rodney firmó el Acta de la Independencia de los Estados Unidos– nació Rodney en Dover, Delaware, en enero de 1772. Ocupó en su tierra cargos de importancia hasta que Monroe lo designó presidente de la comisión designada para informar acerca de la situación de los países del Plata, ávidos de que se les reconociera su independencia para así incorporarse al concierto de las naciones libres. Integraban la misión presidida por Rodney que el 4 de marzo de 1818 se entrevistó con el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, los señores Graham y Bland. Llevaban como secretario a Henry M. Brackenridge el que, apresurado o presuroso, publicó en Baltimore 1819 su "Voyage to South America, performed by Order of the American Governement, in the Years 1817

inusual versación en temas escasamente conocidos sino y especialmente hasta qué punto, investigando la filiación de los acontecimientos, se preocupó por ahondar en la porfía de nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Si me he detenido, con aparente obstinación, en subrayar los perfiles intelectuales del doctor Espil y su apoyarse en los conjugados pilares de la historia y del derecho es porque ellos explican el sentido de su visión política, casi me atrevería a decir de su visión ecuménica de los acontecimientos. Y ello así por cuanto desde joven y sin mengua de su natural idiosincrasia, no era un espíritu limitado por las varas del terruño, era un argentino proyectado hacia el exterior.

IV

Washington le aguarda. No sospechaba su intuitiva juventud que en ella habría de vivir casi veintidós años. Ciudad difícil, cautivante, heterogénea, pródiga en contrastes. Pequeña, cuando llega Espil no tiene más de 500.000 habitantes en los cuales predominaban de lejos los muy morenos sobre los blancos, había sido edificada sobre un hábitat pantanoso, mud hole la llamaban los defraudados congresales cuando

and 1818, in the Frigate Congress". Los dos volúmenes se reeditaron en Londres, al año siguiente. También en Londres pero con el título de "Voyage to Buenos Ayres..." habíase publicado en 1819 un resumen de la obra, desprovista de sus apéndices.

Tanto Rodney como Graham y Bland presentaron, cada uno por separado, su informe al Presidente Monroe quien los incluye en su famoso mensaje al Congreso del 17 de noviembre de 1818. Con esos informes, al que sumaron los apuntes históricos que el Dean Funes redactó a su pedido, publicaron Rodney y Graham en Londres, 1819, "The Reports on the present State of the United Provinces of South America Drawn up by the Commissioness sent to Buenos Ayres by the Government of Nort America...".

Era Senador por Delaware Rodney cuando el presidente Monroe decide nombrarlo ministro plenipotenciario en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Sobre la decisión del Presidente Monroe pueden verse las Memorias de John Quincy Adams (Philadelphia, 1875, vol. VI, p. 122). Por lo que atañe a las instrucciones impartidas por Adams a Rodney es de indispensable lectura su carta del 17.05.1823 en "Writings of John Quincy Adams", New York, 1917, vol. VII, 1820-1823, pp. 422/441.

Se embarca Rodney a mediados de 1823 en la misma fragata Congress con cuyo desagradable capitán Biddle hizo ásperas migas y llega a Buenos Aires en otro barco, gravemente enfermo, a fines de diciembre. Apenas repuesto a fuerza de sangrías, presenta credenciales y padece un excepcional banquete –127 eran los comensales, según "El Argos de Buenos Aires", y 21 fueron los discursos– que concluyó con lo poco que le restaba de vida. Presidió el gobernador Las Heras las ceremonias de su entierro que tuvo lugar, entre las salvas de la Fortaleza, en el cementerio protestante junto a la Iglesia del Socorro. Rivadavia pronunció la oración fúnebre y nos recuerda Espil que "transportado de elocuencia y con acento dramático e hiperbólico" el orador hizo la siguiente invocación: "Alma ilustre de César Rodney! Volved al seno de vuestro Creador con la elevación y confianza a que os da derecho el haber sido exactamente su imagen acá en la tierra". Y, no contento con ello, le pide a Rodney: "no separes tu vista compasiva de este país que tanto se honra en guardar vuestros restos pues hemos de conservarlos como el más preciado tesoro que pudo recibir este suelo". Quienes padezcan debilidad por tan exaltada oratoria pueden leer el discurso in integrum en el citado "Argos de Buenos Aires" (nº 46. Miércoles 16 de junio de 1824, pp.4/6) y en "La Gaceta Mercantil" (nros. 201 y 202 del 12 de junio de 1824).

llegaban de sus florecientes estados. Pero en esos años 20 de la Belle Epoque varía el panorama: diplomacia y mundanismo dábanse la mano y también en la creciente elegancia de la pequeña ciudad la vida podía ser placentera.

"La pluie et le beau temps", como acostumbraban decir los muy refinados, estaba a cargo del cuerpo diplomático, rivalizando entre sí las embajadas más prestigiosas por mantener y acrecentar su cuota de autoridad y distinción. Claro está que no eran ni podían ser ajenos a ese indispensable intercambio y a la necesidad del mutuo conocerse los muy altos funcionarios, ministros y secretarios de Estado y senadores y diputados que frecuentaban permanentemente por placer, interés o necesidad los salones de la Casa Blanca y que por cierto no se resistían a alternar con los representantes de los países extranjeros.

Algunos de esos muy altos funcionarios, Sumner Welles por ejemplo, subsecretario de Estado, podía rivalizar con la más empuñada de las Embajadas puesto que, como nos refiere la señora de Espil, en febrero de 1934, los recibió en su palacio de Massachusetts Avenue con una comida de ciento cuarenta y cuatro invitados.

Colaboraban también con esa ambiciosa vida social, cuyo sentido político a nadie se ocultaba, las familias fundadoras que, aun cuando no habían llegado en el Mayflower, estaban celosas de su reciente tradición y, last but not least, un número variable de viudas y solteras de considerable fortuna y excelente fama que en sus grandes mansiones hospitalarias complacíanse en mantener encendido, con sus caprichos elitistas, el fuego sagrado de un imperecedero esnobismo.

En ese entorno y circunstancias, para decirlo con la gastada fórmula de Ortega, llega don Felipe Espil a Washington, rebosantes de energía sus años mozos, a principios de marzo de 1919. Avanza el primer secretario la víspera del día en que su Embajador Tomás Le Breton, sucesor en el cargo de Rómulo S. Naón, debía presentar sus credenciales al Presidente Woodrow Wilson. "Guardo como testigo un vivo recuerdo –diría Espil– de esa austera y sencilla ceremonia"⁷.

Llega con un asomo de joven empaque en la apostura, ágil y viva la mirada, comba y despejada la frente, elegante hasta la perfección, pausado en el andar y en los ademanes. Una sensación de simpática seguridad se desprendía de su persona, una cierta desenvoltura contenida por la prudencia. Ninguna afectación ni petulancia, no era fatuo ni se prodigaba, como tantos de su época, en vanidosas extravagancias.

Washington le aguardaba. Tenía que lanzarse a su conquista, a la de sus hombres y a la de sus mujeres. Era soltero. Pronto supo de la existencia de un protocolo, de un ceremonial. A él se sujetó sin reservas, puntilloso. Respetaba y cultivaba las formas, las buenas maneras, el decoro en la conducta. Tal vez fueron innatas en él las virtudes del silencio oportuno, de la media palabra, del gesto que insinúa, de la sonrisa cómpli-

7. Felipe Espil en su discurso como recipiendario al incorporarse a la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales (Anales, cit. págs. 27 h. sigs.).

ce. Ágil e imaginativo conversador, rehuía siempre las alusiones personales y jamás acudía al fácil recurso de la ironía hiriente, de la observación punzante. Usaba de un lenguaje preciso y llano y no necesitaba de licencias subalternas para imprimir vigor a sus frases.

Poco a poco, ayudado por su temple, por su sagacidad y su bien distribuida cortesía, se le fueron franqueando todas las puertas, aun aquellas que la fama daba por obstinadamente cerradas. Colaboró sin duda en ese acceder a los más altos niveles, indispensable para su éxito y el mejor desempeño de sus funciones, el hecho de su adaptación e identificación con Washington. Pronto había advertido su perspicacia el sentido trascendente de la ciudad pequeña y ritual. No había nacido sólo para capital, para servir de sede al Gobierno Federal y de marco a la Casa Blanca, sino y también, sobre todo después de la primera guerra, como centro de irradiación de la política internacional de los Estados Unidos. No se olvide que Espil llega a Washington en marzo de 1919.

Cuatro años después, en 1923, asciende a Consejero y entre la fecha de su llegada al país en 1919 y la de 1928, por ausencia de los titulares Le Breton primero y después Honorio Pueyrredón, suman casi cuatro los años en que afronta la representación de la Embajada como Encargado de Negocios. No le asusta esa responsabilidad imprevista. No le saca de quicio. Tiempo después, al recibirse de Académico de Derecho en 1967, dirá: "Quiso mi buena estrella que todavía muy joven y apenas Secretario, me tocara dirigir nuestra Embajada en Washington en calidad de Encargado de Negocios, especie de bautismo de fuego o mayoría en el servicio exterior"⁸.

V

A lo largo de los años Felipe Espil agrega a su cotidiana experiencia en la Embajada la de las conferencias internacionales en que participa como integrante de las delegaciones argentinas. Así las del Trabajo en 1920 y 1924 en Ginebra. Vuelve a Ginebra en 1926 integrando esta vez como Secretario nuestra delegación a la Comisión Especial de la Liga de las Naciones. La lista es larga. En 1936 es llamado a Buenos Aires para desempeñarse como Secretario General de la Delegación Argentina a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz que presidió Carlos Saavedra Lamas. En julio de 1940 vuelve a La Habana como delegado a la segunda Reunión Consultiva de Ministros de Relaciones Exteriores. Cinco años después le toca ir a Londres como vicepresidente de nuestra delegación a la primera Asamblea de las Naciones Unidas convocada después de la guerra. En abril de 1946 concurre a la última Asamblea de la Liga de las Naciones que se celebró en Ginebra y once años después a la Asamblea anual de su sucesora en Nueva York.

8. Felipe Espil, discurso cit. Anales, id., id.



Presidente Arturo Frondizi, Embajador Felipe A. Espil,
Río de Janeiro, 1958.

Dije que la lista era larga pero he omitido deliberadamente la VI Conferencia Panamericana a la que concurre el doctor Espil como miembro de la Delegación Argentina. La preside el doctor Honorio Pueyrredón, entonces embajador en los Estados Unidos. Creo que conviene hacer un alto en esa Conferencia pues cuanto ocurre en ella o al margen o como consecuencia de ella pinta al doctor Espil de cuerpo entero, en su temple y en su carácter, más y mejor tal vez que cualquier destreza verbal.

La VI Conferencia se reúne en La Habana e inicia sus deliberaciones en enero de 1928. Se proponía la reunión dar una mejor o más adecuada estructura al sistema hemisférico, lo que estaba en estudio desde hacía tiempo, confirmando a la existente Unión Panamericana una genuina base jurídica que la consolidase. Como decía John Basset Moore y con él John Brown Scott la intención era la de dar a los estados del continente, mediante un sistema de resoluciones y recomendaciones aceptables para los veintiún países, mecanismos de entendimiento en virtud de los cuales paulatinamente la ley fuera desplazando a la improvisación o al capricho.

Esos puntos habían sido estudiados y aprobados por la Comisión de Jurisconsultos que, reunida por última vez en Río de Janeiro en abril y mayo de 1927, había también redactado por vía indirecta el temario de la Conferencia.

Dada su índole era un valor entendido que no se tratarían en ella cuestiones conflictivas para las cuales, inclusive por razones de política interna y en virtud de compromisos contraídos, los países del hemisferio y especialmente los Estados Unidos no se encontraban todavía en condiciones de debatir⁹. Se trataba, ante todo, de lograr una

9. El mismo Hughes, Secretario de Estado, instruía a sus delegados a la Conferencia de Santiago de Chile (1923) en el sentido de que "la función de estas conferencias panamericanas consiste en tratar en lo posible temas de carácter general no sujetos a controversia" (Dexter Perkins, "Charles Evans Hughes an American Democratic Statesmanship", Boston 1956, p. 133). Por eso les aconseja inclusive no discutir acerca de la Monroe Doctrine, para escapar al peligro de sus encontradas interpretaciones. En ese orden de ideas, es interesante poner de manifiesto que al Pacto de la Liga de las Naciones, tutelado por Woodrow Wilson, se le incorpora la Doctrina Monroe a título de "acuerdo regional". Con ello los encontrados adversarios de Wilson no sólo contrariaban su espíritu que diríamos ecuménico o universalista sino que lograron despertar en los países del continente la larvada hostilidad a una política que a su entender cercenaba la amplitud de sus derechos (v. Dexter Perkins, *Hands off: A History of the Monroe Doctrine*, Boston, Toronto, 1955, p. 279 y sigs.). En el caso de la Argentina ello era particularmente notorio por su permanente proyección europea y su resistencia a un panamericanismo de fronteras tiránicas. No debe sorprender entonces que cuando los episodios de La Habana a los cuales venimos haciendo referencia el Canciller Gallardo, aprovechando que José María Cantilo se encontraba en Ginebra en una comisión de la Liga de las Naciones, le telegrafió para que declarara con cualquier pretexto que la Argentina no aceptaba que la Doctrina Monroe fuera un pacto regional como expresaba a manera de ejemplo el artículo 21 del Pacto. Esa declaración –agrega Gallardo– fue muy comentada y probó que la Argentina carecía de toda obsecuencia hacia los Estados Unidos. Los diarios de escándalo se callaron" (v. *Memoorias...*" p. 497; id. Peterson, ob. cit. p. 427, n. 60; id. Circular informativa mensual destinada al cuerpo diplomático y consular de la República Argentina, 1917-1935, Buenos Aires, nº 131, abril de 1928, p. 170).

razonable organización de la Unión Panamericana como ineludible condicionante de la política colectiva. Así lo entendieron las naciones participantes y de ahí las instrucciones impartidas a sus delegaciones¹⁰.

Por lo que atañe a las instrucciones de la delegación argentina reconoce el canciller titular que "no las conocía" por hallarse de viaje cuando se redactaron¹¹. Verosímilmente débese su texto al doctor Ernesto Restelli, subsecretario del Ministerio¹².

Vuelto Gallardo de su estancia en Europa, se hace cargo de la Cancillería y escribe en sus Memorias: "Vi en los diarios que Pueyrredón había hecho unas declaraciones imprudentes, diciendo que no firmaría nada, si no se incluía una cláusula en contra de las barreras aduaneras"¹³.

¿Qué había ocurrido? En la sesión del 23 de enero el doctor Pueyrredón expone durante dos horas su punto de vista acerca de cuáles debían ser las bases económicas del panamericanismo. Y pide se incluya en el preámbulo de la Unión la disposición pertinente¹⁴. Pese a que el tema era ajeno al propósito de la Conferencia, el Comité de redacción, en insólito propósito de apaciguamiento, incluye en el aludido preámbulo una fórmula alusiva a "la progresiva conciliación de los intereses económicos entre los Estados". Pueyrredón, insatisfecho, intenta sustituirla con otra en que postula que "los estados signatarios propenderán a suprimir las trabas injustas y las barreras artificia-

10. El Secretario de Estado Kellog, convencido de la importancia de la Conferencia, preocupase porque la delegación de los EE.UU. se integre con personas de "pericia y prestigio". De ahí la designación de Charles Evans Hughes por el presidente Coolidge. Al designarse a la delegación argentina tuvieron en cuenta Alvear y Gallardo, o exclusivamente Gallardo según el tenor de sus Memorias (p. 494) la experiencia de Honorio Pueyrredón y Felipe Espil en materia de Conferencias Internacionales y su proximidad al teatro de las operaciones. El tercero hubo de ser Sergio García Uriburu pero al asignársele nuevo destino en Bruselas fue reemplazado por Laurentino Olascoaga que estaba de Ministro de Cuba. El Embajador Bliss, en informe a Kellog, lo califica de "excéntrico que cultivaba su parecido con el General San Martín" (nota del 3.11.1927 en National Archives, Dep. of State. 710, F. 002/59. Ver Peterson, cit. p. 423, n. 40). Sobre la opinión que le merecía al canciller Gallardo v. "Memorias para mis hijos y nietos", Buenos Aires, 1982, pp. 494 y 497.

11. Angel Gallardo, "Memorias", cit. p. 495.

12. Así se infiere de la nota que, con relación a las instrucciones, le dirige al doctor Restelli y a su pedido en su carácter de subsecretario el doctor Carlos Saavedra Lamas el 13.12.1927 (fotocopia de la nota en mi poder en papel oficio con membrete del Ministerio de Relaciones Exteriores certificada por el doctor Restelli, 13 pp.).

13. "Memorias", cits. p. 495.

14. Samuel Flagg Bemis, profesor de la Yale University, no vacila en decir que "Pueyrredón había presentado el asunto de las barreras comerciales como una parte de su programa de oposición a los Estados Unidos" (v/ su Libro "La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina", 1944, p. 304. La primera edición en inglés es de 1943. Utilizo la versión española publicada en México al año siguiente por el Fondo de Cultura Económica. Sobre el libro de Bemis ver el juicio crítico de Arthur P. Whitaker en The Hispanic American Historical Review, agosto de 1943, pp. 483/486).

les que puedan entorpecer el natural intercambio o restringir la libertad del comercio entre las naciones americanas sin que ello importe acordar privilegios ni crear exclusiones"¹⁵.

Esto significaba un desafío a la delegación norteamericana que presidía Charles Evans Hughes, a quien ya me he referido como notable abogado y Secretario de Estado. El caso se agrava porque Pueyrredón afirma, esta vez categóricamente, que en el supuesto de no aceptarse su propuesta la delegación argentina no firmaría el pacto conducente a la Unión Panamericana. Además la rivalidad personal con Hughes se acentuaba¹⁶. Este, demasiado diestro para acusar la agresión, limitase a decir, lacónico: "no destruyamos la unión de nuestros países intentando hacer de ella una comisión de tarifas, una comisión de impuestos con la finalidad de infringir nuestra respectiva autoridad como Estados independientes"¹⁷.

Pueyrredón, aunque advierte la falta de apoyo de los otros países, mantiene su intransigencia y prescinde de las instrucciones de su gobierno. Sólo tiene presente la agresividad de las barreras aduaneras levantadas por los Estados Unidos contra la Argentina durante los últimos años: en 1920 contra la importación de nuestra semilla de alfalfa, los embargos sanitarios a nuestra fruta y nuestra carne, nuestro provocado y creciente déficit comercial desde 1924, los problemas vinculados con el maíz y la semilla de lino.

15. El texto de la fórmula de Pueyrredón en el diario La Nación del 17.02.1928. También, con pequeñas variantes, en Bemis, ob. cit. p. 305.

16. La cuestión de la "no intervención" había servido ya para que la relación con Hughes se tornara áspera y difícil. Hughes, teniendo en cuenta que los Estados Unidos aun no habían superado sus problemas en México y el Caribe, aspiraba a impedir que fuese abordado tema tan conflictivo. Pueyrredón, pese a la categórica abstención del Brasil y a la actitud evasiva de la mayoría de los países, insiste en plantear el problema obligando a la delegación norteamericana a afrontar un debate susceptible de delicadas derivaciones. La habilidad de Hughes, pese a lo vulnerable de su posición, logró que la cuestión fuese permitida a la próxima Conferencia. Pero quedó el resquemor. "El ambiente de La Habana, escribe Samuel Flagg Bemis, se acaloró ante la sola posibilidad de que se planteara el problema. Si se hubiera llegado a plantear, quizá se hubiera dispersado la conferencia y tal vez habría naufragado todo el movimiento panamericano. La delegación argentina había estado dispuesta a correr este riesgo y aun diríamos que lo deseaba" (Bemis, ob. cit. ed. inglesa, pp. 250/253; trad. española pp. 270/1). Sobra decir que tales apreciaciones están expuestas, por lo que tienen de terminantes y categóricas, a hallar en sí su propio correctivo.

17. v. Bemis, id. id.; Peterson ob. cit. p. 425 y Diario de la VI Conferencia Internacional Americana, pp. 486/490.



Embajador Felipe A. Espil, Vice Presidente Richard Nixon y
Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Macedo Soares,
Río de Janeiro, 1958.

Pero también Espil conoce sobradamente esos problemas. En conferencia pronunciada en la Sociedad Rural treinta y cinco años después nos dice: "Desde 1927 los Estados Unidos mantienen un embargo absoluto contra el ganado y carne de procedencia argentina". Y aclara: "no por razones de defensa sanitaria sino del más crudo proteccionismo económico"¹⁸. Conoce Espil esos problemas: como Consejero y Encargado de Negocios viene luchando a brazo partido con la Secretaría de Estado para que cese una política que ensombrece permanentemente nuestras relaciones con el llamado Coloso del Norte. Pero, por lo mismo que conoce de cerca esos problemas, está convencido de que no es este el momento de plantearlos, sabe que provocamos estérilmente la animosidad de la mayoría de los países únicamente urgidos por organizar la Unión Panamericana. Le parecía impropio que la Argentina pretendiese utilizar la circunstancia para ventilar sus propios problemas. Le parecía improcedente que la Argentina lesionara las perspectivas de la Unión Panamericana dando a una ponencia pro forma características de condición ineludible para su firma. Y la enmienda propuesta por la Argentina es rechazada.

¿Qué hace Espil? Alarmado por la actitud de Pueyrredón y el inminente retiro de la delegación argentina, le entrevista en compañía del secretario doctor Rodolfo García Arias diciéndole que a su entender no se estaba ajustando a las instrucciones impartidas a la delegación por la Cancillería. Le insinúa al doctor Pueyrredón que, tal como lo prevén las instrucciones y es de práctica, en esos casos debe consultarse al Ministerio. A lo que Pueyrredón contesta que siendo el jefe de la Delegación "es el único llamado a decidir sobre la procedencia de la consulta". Espil no se da por vencido. Arguye que como integrante de la delegación comparte responsabilidades e insiste en la consulta. Pueyrredón le contesta que opte entonces entre labrar un acta para dejar constancia o por realizar la consulta a título individual.

Y el 10 de febrero, con conocimiento de Pueyrredón, remite Espil el telegrama a la Cancillería. Lo dirige con carácter de urgente al Canciller pero lo destina expresamente al señor Presidente de la Nación. Sintetiza sus razones: "creo cumplir un deber de patriotismo ante la actitud de Pueyrredón exagerada e innecesaria. Nos coloca frente a todos los países en una situación equívoca. La suscripción del convenio, por otra par-

18. El texto de la conferencia de Espil –"Las carnes argentinas en los Estados Unidos (Historia de un embargo)"– en Anales de la Sociedad Rural Argentina, enero 1962, Año XCVI, nº 1, pp. 14/23. Id. versión compendiada en el diario La Prensa del 24 y 26 de noviembre de 1961. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos por resolución del 17.09.1926 decide, a partir del 1.01.1927, impedir la entrada de ganado o carne de ninguna región afectada por la fiebre aftosa. En la lista de países figuraba la Argentina. Espil puntualiza que en 1926 sólo se habían exportado 1399 toneladas a los Estados Unidos sobre un total de 640.000 toneladas. El 25.07.1931 el Secretario de Agricultura de quién, según Espil, dependía la admisión o rechazo del ingreso de carnes, vuelve a declarar afectada a la Argentina. Coincidió con el triunfo republicano. Se le ofreció sin éxito carne de la Patagonia libre de aftosa.

En la "Memoria de la American Livestock Association se decía que si se levantara el embargo las carnes que hoy van a Europa vendrían a competir con las nuestras". Y agrega: "Lo peor es que la carne argentina promedio es mejor". Años después cuando su visita a la Argentina en diciembre de 1936, Roosevelt sorprende a sus oyentes diciendo que "los embargos a la carne no debían usarse como medidas arancelarias disimuladas ni aplicarse sino de conformidad con una estricta justicia".

te, sólo importa formalizar el mantenimiento de una entidad a la que se está vinculado desde hace cuarenta años. Si V. E. comparte mis ideas es urgente instruir a Pueyrredón para que suscriba la convención o para que difiera el voto hasta recibir nuevas instrucciones. No he logrado convencerlo”.

Recibido el cable dice el Canciller Gallardo en sus Memorias: “pedí copia de las instrucciones y vi que Pueyrredón estaba completamente fuera de ellas. Le llevé enseguida todos los antecedentes al Presidente Alvear quien dijo: “Este Pueyrredón está buscando un pretexto para renunciar a fin de quedar bien con Yrigoyen, pero no le voy a dar el gusto. Mándele un telegrama muy amable pidiéndole que se atenga a sus instrucciones, que no extreme su intransigencia y que no haga fracasar la conferencia”. Y continúa Gallardo textualmente: “Pueyrredón envalentonado contestó insistiendo en su actitud”. Llega su cable el sábado y el lunes el mismo Presidente le contesta. Gallardo le comenta: “su telegrama era más fuerte que el que yo había proyectado”. Pueyrredón, como es lógico, reacciona enviando su doble renuncia: a la presidencia de la Delegación y a la Embajada Argentina ante el gobierno de los Estados Unidos.

Por supuesto que Espil no ignoraba a lo que se exponía con su actitud. Se necesitaba mucho coraje y ardimiento, se necesitaba un corazón intrépido para hacer lo que había hecho, lo que estaba haciendo, para desafiar al Jefe de la Delegación, a su Embajador en los Estados Unidos, al hombre a quien en los corrillos políticos se consideraba como posible sucesor de Alvear en la Presidencia de la República, el hombre a quien tal vez decidiera ungir Yrigoyen, como lo había hecho antes con Marcelo, habida cuenta de sus muchos setenta y seis cansinos años. ¿No era acaso en su apariencia esa renuncia una demostración de lealtad hacia Yrigoyen, un revivir formal de su política, buena o mala, no es el caso de pronunciarse, un duplicado de su actitud en Ginebra cuando obedeciendo a instrucciones de Yrigoyen retira a la Delegación Argentina de la Liga de las Naciones? Y en la Delegación estaba, curiosa coincidencia, Marcelo T. de Alvear.

Bien sabía el doctor Espil que había puesto en juego su porvenir y su carrera. Tenía, eso sí, la conciencia tranquila: las instrucciones cuya paternidad, muy probablemente se debían al subsecretario de Relaciones Exteriores doctor Ernesto Restelli eran claras y no habían sido respetadas; la Unión Panamericana, so pretexto de tarifas y barreras aduaneras, no podía ni debía convertirse en foro político; esa, por otra parte, era la tesis del doctor Carlos Saavedra Lamas, nuestro representante en la Junta de Jurisconsultos de Río de Janeiro y en la conferencia del Instituto Americano de Derecho Internacional de Montevideo quien, evacuando una consulta del doctor Restelli el 13 de diciembre de 1927, le escribe que “los delegados a La Habana deberán cuidar... no se den atribuciones políticas a la Unión Panamericana... puesto que tiene el noble carácter de órgano de cooperación”. Decíase a sí mismo además que las actitudes airadas e intempestivas no eran propias del entonces país más importante del cono Sud y que ellas a nada conducen sino a estériles enfrentamientos truncando reales y constructivas posibilidades políticas. Todo esto, tal vez se murmuraba Espil a sí mismo, es o parece ser muy razonable, pero la política no lo es y todo pendía o dependía de

ese hilo que al decir de los fatalistas se rompe por lo más delgado. Y entonces decide Espil ponerle un telegrama a su "Embajador" ¿Quién podía ser sino Tomás Le Breton? Y a fe que lo era y lo sería.

Con el telegrama en la mano se dirige Le Breton a la Casa Rosada. No veía a Alvear por razones de prudencia política desde hacía tres meses. Le recibe Alvear de inmediato. Le tiende el cable diciéndole: "No sé de qué se trata". Yo sí, le contesta el Presidente y agrega: "Espil tiene razón, es muy inteligente. Acabo de decir a Gallardo que le telegrafe a Pueyrredón para que firme. Se me ocurre que quiere buscar una salida espectacular, bueno que se vaya. Sí, Espil ha estado muy bien, le ha comunicado el despacho al propio Embajador y con su asentimiento le envió". Y sigue Alvear: "La actitud de Pueyrredón no me extraña... cuida su propia salida ante el público político". Y Le Breton concluye su carta del 17 de febrero afirmando: "En cuanto a Ud. opino que ha estado muy bien. Discreto, serio y patriota".

La carta era del 17 por la mañana, la escribe apenas vuelto de la entrevista y urgido por referirla. Almuerza en el Círculo de Armas con el Almirante Aldao, Tito Arata y el Almirante Fliess y dice Aldao: "El que se ha hecho conocer de un extraño a otro del país es Espil. Queda consagrado como una entidad aquí donde tanta falta hacen". Y en tarjeta del Círculo, con la firma de Le Breton, llega la versión a Washington.

El mismo 17 de febrero a la tarde Le Breton vuelve a escribirle a Espil. El diario "Crítica" furiosamente antiyankee y partidario de Pueyrredón, a raíz de un artículo hostil a este último de "La Nación", dióle de azotes a Espil. Y escribe Le Breton: "Me puse el sombrero y fui a ver a Gallardo. ¿Es posible, le dije, que los diplomáticos nuestros en el extranjero estén aquí librados a la injuria cuando allí cumplen con su deber? Usted se refiere al caso de Espil, me contesta Gallardo. Espil ha estado muy bien, ha cumplido con su deber dentro de su responsabilidad de delegado. Ha estado tan bien que debemos hacerlo ministro cuanto antes". Le Breton aquí y Espil allá, aliviados, respiran. Pero Le Breton le agrega: "no se preocupe de la majadería de los pasquines, es un tributo que debemos pagar a la inferioridad".

En "La Nación" del 18 de febrero se publicaron las instrucciones impartidas a la Delegación y los textos de los telegramas del doctor Espil, del Presidente Alvear a Pueyrredón y la arrogante respuesta de este último. El mismo día 18 aparece en el diario un severo editorial denominado "El incidente de La Habana" condenando la actitud de Pueyrredón. No es difícil, por su estilo, atribuir el artículo a José Luis Murature, robustecido en su autoridad de escritor por sus dos años de talentoso canciller de Victorino de la Plaza, desde 1914 a 1916.

Le Breton, amigo impar, no ceja en su correspondencia. El 20 de febrero le cuenta que el día anterior había estado en casa de Marco Avellaneda, el respetado y muy querido Marquitos de las hospitalarias tertulias, con Leopoldo Melo, Ernesto Padilla, Carlos Melo, Villamil, el comerciante español que usted conoce, Jorge Frías, Acuña tan vinculado a La Fronda y un Elizalde artista, dice, que presumo sería Germán. "El tema principal, agrega, fue la Conferencia de La Habana. El General Uriburu dijo que usted se

había ganado el grado de general diplomático, Leopoldo Melo no fue parco en sus elogios, Padilla estimó que debía agradecerse el haber salvado el prestigio argentino". También le aplauden, agrega, Maneco Montes de Oca, Adolfo Orma, Clodomiro Zavalía. Absalón Rojas le felicita "por su actitud ponderada y valiente". "Quiero contarle estas cosas –insiste Le Breton– no para que se ponga orgulloso sino para que esté tranquilo de que aquí todo el mundo ha comprendido y valorado su actitud. Alabaron su tino y su corrección con su Embajador".

De la correspondencia alabanciosa elijo la carta que firma Clodomiro Zavalía por la afinidad que le debo a mi respetado y querido Decano de la Facultad de Derecho. "Su actitud, escribe, ha sido juzgada muy elogiosamente, calurosamente por muchos, con reservas por nadie que conozca. Aleje por completo de su espíritu toda preocupación: existe en el país un concepto ya inmovible acerca de lo que Ud. vale y significa dentro del cuerpo diplomático. Ello –concluye– sin perjuicio del cariño que por Ud. tenemos sus amigos personales"¹⁹.

19. Para la reconstrucción de los episodios que tuvieron por protagonista a la delegación argentina a la sexta Conferencia Panamericana de La Habana y, en especial, a los doctores Pueyrredón y Espil se han tenido en cuenta las instrucciones impartidas a la delegación, la nota de Carlos Saavedra Lamas a Restelli como ineludible antecedente para la adecuada interpretación de las mismas (13.12.1927), el telegrama de Espil a la cancillería y al Presidente del 10 de febrero de 1927, los cables de Pueyrredón del 14.02.1927 al Ministro Gallardo explicando las razones de su renuncia a la presidencia de la delegación argentina a la Sexta Conferencia Internacional Panamericana, del mismo día al Presidente Alvear presentando su renuncia indeclinable a dicho cargo y al de embajador ante el gobierno de los Estados Unidos y del 16 de febrero al Canciller reiterando su decisión indeclinable de renunciar. Dicha documentación fue dada a conocer por el doctor Pueyrredón en La Habana y posteriormente por el Gobierno argentino mereciendo la condigna publicidad periodística. Se han utilizado, asimismo, las Memorias del canciller Angel Gallardo publicadas en 1982 por la Academia Nacional de la Historia, indispensables no sólo por la autoridad del memorialista y las funciones que desempeñaba sino por su opinión respecto de las instrucciones, de las actitudes recíprocas de Pueyrredón y Espil y de las versiones que suministra en orden a los criterios de Alvear y a las entrevistas que por razón de su cargo mantuvo con el mismo (v. pp. 494 y sigs.).

Ha sido también de suma utilidad para la adecuada inteligencia de la repercusión local de los episodios ocurridos en La Habana la correspondencia conservada en el archivo del doctor Espil, hoy en manos del doctor Jorge Aja Espil, a quien agradezco su deferencia al confiármela, en especial la de don Tomas A. Le Breton, hombre de autoridad y experiencia. Me refiero muy particularmente a sus dos cartas del 17 de febrero de 1928 en que relata sus entrevistas con Alvear y Gallardo, la del 20 de febrero con su visita a Marco Avellaneda y la que le escribe a Espil el 20 de febrero desde el Círculo de Armas con las opiniones de los Almirantes Fliess y Aldao. Sería injusto omitir los dos artículos atribuidos a Murature aparecidos en La Nación.

Sobra decir que tanto los diarios extranjeros en su momento como los especialistas en política panamericana después hicieron directa alusión al tema. Me remito especialmente a Bemis (ob. cit. pp. 304/5) y a Peterson quien califica a los contactos argentino-norteamericanos en La Habana de "electrizantes colisiones" y concluye afirmando que "la áspera controversia entablada entre Hughes y Pueyrredón proyectó una larga sombra sobre las relaciones de los Estados Unidos y la Argentina". (ob. cit., pp. 422/427).

VI

Finalizados los no muy difundidos episodios que he relatado porque hacen a la entereza e integridad del doctor Espil y a su sentido del deber, finalizados como dije estos episodios y quizá como consecuencia de los mismos en julio de 1928 el doctor Espil fue designado Ministro Plenipotenciario y Extraordinario en Holanda. Dos meses después Alvear concluye su presidencia. Sospechando que el nuevo Canciller de Yrigoyen podría optar, sin ser Teodoro Roosevelt, por la política del bigstick e inmune a las celadas de la ciudad de los canales Espil renuncia. Renuncia y vuelve a la patria. Cumplíanse exactamente diez años desde su partida. En Buenos Aires le aguardaban el ejercicio de la profesión de abogado y la revolución del 6 de septiembre. El General Félix Uriburu lo nombra Ministro Plenipotenciario en Dinamarca y Noruega. Se hace cargo en diciembre, pero en abril de 1931 una nueva misión se le encomienda, esta vez de carácter financiero, vinculada al cumplimiento de la moratoria pactada con Inglaterra. Le tenemos ahora en Londres donde se encuentra a sus anchas y luego, para completar la gestión, viaja a Nueva York a principios de junio. Y es en Nueva York donde le llega el decreto del 16 de junio de 1931 por el cual se le nombra, en reemplazo del doctor Manuel Malbrán, Embajador en los Estados Unidos de América. Volvía a Washington, quizá a una nueva Washington pródiga en contrastes, anonadada por los turistas y las convenciones, volvía a ella sin saberlo por doce años más, hasta noviembre de 1943; volvía a la ciudad que ocupa, al decir de los historiadores americanos que Espil gustaba mencionar, un lugar de excepción en la imaginación y la mitología de los Estados Unidos.

VII

La larga permanencia del doctor Espil en los Estados Unidos, insólita en un diplomático, se presta a disquisiciones cronológicas. Cubre un período que casi llega, en conjunto, a los veintidós años dividido en dos jornadas: desde 1919 a 1928 la primera y desde 1931 a 1943 la segunda. Son prácticamente equivalentes. Lo curioso es que podría aplicarse a su estancia en Washington la definición de Clausewitz: la paz que allí vivió fue un interregno entre dos guerras y nada menos que las dos grandes guerras mundiales.

Al llegar a Washington, en efecto, aun no había concluido la guerra del 14. El tratado de paz de Versalles recién se firma en el salón de los espejos tres meses después, el 28 de junio de 1919, y cuando regresa a la Argentina, en noviembre de 1943, si bien habían sido derrotados los alemanes por los rusos y había caído Mussolini, los ingleses, canadienses y americanos aun no habían desembarcado en Normandía. El famoso día "D" fue el 6 de junio de 1944. Los alemanes sólo capitulan al año siguiente el 8 de mayo de 1945 y aún más tarde los japoneses, el 2 de septiembre, después de Hiroshima y Nagasaki.



Capitán de Navío José María Guzmán,
Señora de Espil y Embajador Felipe A. Espil,
Río de Janeiro, 1955.

Asiste entonces el doctor Espil en el centro neurálgico de uno de los países beligerantes al epílogo de una guerra y al prólogo y dramático desarrollo de otra. Y en ambas guerras el doctor Espil representa a un país que ha defendido obstinadamente su posición de neutral.

También el "espléndido aislamiento", fórmula extrema del neutralismo, seguía siendo una tentación demasiado fuerte para nuestros lejanos vecinos del norte. No en vano había sido aconsejado por el mismo Washington²⁰. Cuando la primera guerra sólo deciden los Estados Unidos su beligerancia tres años después de iniciada. Todavía en enero de 1917 seguía Woodrow Wilson insistiendo en sus llamados a la conciliación internacional, quería "a peace without victory". Lo que induce a recordar, todas proporciones guardadas, a "la victoria no da derechos" de nuestro Ministro Mariano Varela después de la guerra del Paraguay.

20. Véase sino su famoso "Farewell address to the people of the United States" del 17 de septiembre de 1796. "La gran regla de nuestra conducta respecto a las naciones extranjeras –decía Washington en su Discurso de despedida– debe reducirse a tener con ellas la menor conexión política que sea posible. No está distante la época... en que podamos tomar una actitud que haga respetar escrupulosamente nuestra neutralidad. ¿Por qué hemos de perder las ventajas que nos da nuestra peculiar situación en el globo? ¿Por qué hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, de la rivalidad, del interés y del capricho europeo?". Utilizo la versión española del General Manuel Belgrano quien, admirador de Washington, se decidió a traducir, con la colaboración del Dr. Redhead, el Farewell Address, "pequeño librito –dice Belgrano en cautivante prólogo fechado el 2 de febrero de 1813– que me ha hecho el honor de remitirme el ciudadano D. David C. de Forest". La "Despedida..." se publicó "traducida de su original", según reza la portada, en la Imprenta de Niños Expósitos en 1813. Trátase de un pequeño folleto de 39 pp. del que, habida cuenta de su extremada rareza, se hizo una reproducción facsimilar en 1946 auspiciada por la Universidad de Buenos Aires. Según el viajero Samuel Haight, que se encontró con Belgrano en la posta de Fraile Muerto, éste hablaba inglés puesto que en ese idioma le habría hecho algún comentario que reproduce en su libro "Sketches of Buenos Ayres and Chile", London, 1829, p. 291. Existe una segunda edición, también de Londres, 1831, cuya portada reza "Sketches of Buenos Ayres, Chile, and Peru" por habersele agregado al final un centenar de páginas con el título de "Voyage to Peru". Carlos A. Aldao tradujo en 1920 esta edición publicada por "La Cultura Argentina" con el nombre de "Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú". (v. p. 139).

El texto de la carta del 10 de diciembre de 1812 con que De Forest le remite a Belgrano el Farewell Address desde su quinta de la ribera, próxima a Buenos Aires, y le felicita "por la brillante victoria que ha tenido sobre los Enemigos de la Libertad en Tucumán fue publicado por la señora Courtney Letts de Espil en La Nación del 12.11.1944. Por cierto que tampoco le era desconocida a Felipe Espil la pintoresca y atractiva personalidad de De Forest. Cuando sus estudios sobre Rodney y Forbes lo menciona en varias oportunidades con especial relación a sus escauceos diplomático-consulares en vísperas de reconocer los Estados Unidos nuestra independencia política. Con ese motivo y según sus anotaciones vióse obligado a compulsar la correspondencia compilada por Manning (Diplomatic Correspondence of the United States Concerning Independence of the Latin-America Countries, New York, 1925/6), las Memorias de John Quincy Adams, Filadelfia, 1874-1877 y el estudio sobre "Adams and the foundations of American Foreign Policy" publicado por Bemis en 1949. Para detalles referentes a la vida de De Forest en la Argentina desde 1802 me remito, siguiendo un orden cronológico, a Horacio Zorraquín Becú, "De aventurero yanqui a cónsul porteño en los Estados Unidos. David C. De Forest 1774-1825, Ed. de la Soc. de Historia Argentina, Bs. Aires, 1943; Courtney Letts de Espil, artículos publicados en La Nación el 12.11, 26.11, 10.12 y 24.12.1944; y Benjamín Keen, "David Curtis De Forest and the revolution of Buenos Aires". New Haven. Yale University Press, 1947.

Al llegar la paz asiste Espil a los fracasados intentos del Presidente Wilson para que el Senado de su patria aprobara el pacto de la Liga de las Naciones. Los republicanos se oponen. El senador Henry Cabot Lodge, Chairman del Commities of Foreign Relations, obtiene el voto en contra del Senado. Se resiste al ingreso en la Liga de las Naciones por razones de interés nacional; se niega porque teme al imperialismo anglo-francés al que el tratado –dice– le sirve de pedestal. Wilson ve destruida su obra; derrotado, vuelve a serlo cuando se presenta nuevamente a las elecciones presidenciales. El presidente electo, de origen republicano, Warren Harding, afirma que la cuestión de la Liga está “tan muerta como la esclavitud”. El aislacionismo rebrotaba con energía.

Sobra decir el tremendo interés que para el doctor Espil significaba esa incesante lucha entre el derecho y la política, entre los principios y los intereses, entre los resultados electorales y las presiones internacionales. Cuando Espil se instala por doce años en Washington, esta vez como Embajador, coincide su misión con el advenimiento de Franklin D. Roosevelt consigue ser reelecto presidente.

Pronto reacciona, en sus relaciones con las pequeñas repúblicas vecinas, contra las técnicas de su tío y también presidente, Theodore Roosevelt. Pensó que la diplomacia del “speak softly and carry a big stick”, a juzgar por las resistencias que provocaba, podía no ser la más conveniente²¹. La reemplazó por la llamada “good neighbour policy”. Algún analista suspicaz se arriesgaría a pensar que también por esa vía, predominantemente jurídica, podían alcanzarse, sino idénticos, parecidos resultados sin necesidad de utilizar el argumento persuasivo de las tropas de desembarco y ocupación, los legendarios y eficaces marines anclados, por ejemplo, en Santo Domingo, desde hacía ocho años y en Haití dieciocho.

Roosevelt se propuso poner término a la imagen de un país dominador y arrogante dispuesto a avasallar por cualquier medio a sus débiles vecinos. Quiso seguramente concluir con un “misunderstanding” permanente que corroía a unas relaciones que hubiesen debido ser normalmente cordiales. Sólo se trataba, y esto parecía sencillo, de respetar los derechos y la soberanía de los estados, cualquiera fuesen su dimensión o poderío. Dicho a la inversa: conducirse de tal manera que desaparecieran la mala voluntad, el desprecio, la desconfianza, la irritación –seguramente legítima– de los países del hemisferio provocada por la opresión de la política continental de los Estados Unidos. No puede negarse que la nueva política comenzó a dar sus frutos, quizá más promisorios que efectivos, y que ella de alguna manera pudo concretarse gracias a la acción no siempre conjugada ni coincidente de Cordell Hull y Sumner We-

21. En uno de sus primeros discursos Theodore Roosevelt, ya elegido presidente –lo fue desde 1901 hasta 1909–, recordaba a sus oyentes “la existencia de un viejo proverbio que dice: Speak softly, and carry a big stick, and you will go far”, Desde entonces la fórmula, reducida a sus dos palabras más pegadizas, sirvió para caracterizar a su política con cierta malevolencia definiéndola como técnica del garrote. Ver el “old adage” en S. E. Morison M. A., “The Oxford History of the United States 1783-1917”. Oxford University Press. London, 1a. ed. 1927, vol. II p. 439. Morison fue profesor de historia americana en las Universidades de Oxford y Harvard y vale la pena leer su semblanza de “Theodore Rex”, como muchos le apodaban, al que atribuye “el corazón de un niño, los instintos de un hombre de acción y el talento de un hombre de estado” (v. II, p. 425).

lles, secretario el primero y secretario ayudante de Estado, como allí se dice, el segundo²². La fama de Mr. Hull obedecía entre otros plausibles motivos, no sólo a la puritana seriedad de su porte y a la austeridad de su conducta, por cierto que respetables, sino y también a su experiencia como negociador de tratados bilaterales de comercio.

El doctor Espil no era ni con mucho un escéptico de la Good Neighbour Policy, o si lo era no lo demostraba, pero su instinto, su formación y su experiencia, pues ya no era un novato, le decían al oído que por ese camino se llegaba a esplendentes fórmulas políticas pero difícilmente a ese algo concreto que puede medirse y pesarse, al do ut des, el doy para que me des, del siempre vigente derecho romano. De ahí que confiara

22. Fueron Cordell Hull y Sumner Welles los ejecutores –y seguramente algo más– de la política de “buena vecindad”, palabras éstas que expresadas con cierta timidez un día definirían luego la nueva tendencia que intentaría gobernar, según la intención del presidente Roosevelt, las relaciones con las repúblicas americanas.

Era Hull, con sus veintidós años de experiencia como diputado y senador, hombre de prestigio y autoridad cuando en 1933 le llama el recién electo presidente a desempeñarse como Secretario de Estado. Nueve años permanecería en sus delicadas funciones. Era alto, delgado y sus cabellos grises hacían juego con los ya cumplidos sesenta. No que prefiriera ser austero, pero en alguna manera lo era obedeciendo a sus indelebles orígenes puritanos. Tampoco era un profesional de la ambición, pero su mujer, hábil e inteligente y que vivía atenta a los misteriosos vaivenes de la política, le había convencido, sin ejercer una excesiva presión sobre su espíritu, de que estaba más condenado que prometido a los muy altos destinos. Quizá por ello no aceptó el acompañar a Roosevelt como vice-presidente cuando las dos primeras elecciones. Esperaba sin duda el unido matrimonio el reemplazo en la cúspide, sin advertir todavía su disimulada impaciencia que la presidencia era un coto de caza que Roosevelt tenía reservado para sí mismo. Por eso cuando se presentó éste como candidato para la tercera elección Cordell Hull, anonadado, presentó una renuncia que le fue rechazada.

Si bien los Hull vivían en Washington en el reputado Hotel Carlton, Sumner Welles residía en la tal vez más lujosa mansión del barrio más elegante en la Massachusetts Avenue.

Sus recepciones, a las que asistía Roosevelt con ostensible placer y amistosa deferencia, eran proverbiales por lo refinadas y agradables y en ellas brillaba la mundana sabiduría de los dueños de casa. Llevábase su segunda mujer a Welles ocho años pero le aportó la distinción de sus maneras y una deslumbrante fortuna. Pertenecía Welles a los núcleos sociales más elitistas, su familia era desde antiguo amiga del clan Roosevelt, habían estudiado en las mismas aulas y usaban como graduados idénticas corbatas. Quede así explicada su intimidad y el acceso directo y permanente a la presidencia.

También ello explica el cierto fastidio de Hull al advertir que no gozaba de esos aparentemente pequeños privilegios. Amistad aparte, nadie podía negarle talento a Welles –comparable por cierto con el de Hull aun cuando de otra calidad– ni rehusarse a admitir que ingresaba por derecho propio a las altas esferas. Tenía veinte años menos que Hull cuando siendo secretario Charles Evans Hughes ingresa a la diplomacia. Vive dos años en Buenos Aires. Al volver, tenía veintinueve, le nombran jefe de la División Latino-Americana. La revolución contra Machado en Cuba lo decide a Roosevelt a designarle embajador. Vuelve en 1934 y se recibe como subsecretario de Estado. Ya lo tiene como jefe a Cordell Hull. Cumple cuarenta y dos años. Los muchos que le conocieron se refieren a su ambición. Pero ello es un lugar común y repetirlo es ocioso. Más interesante es saber de su vanidad y de su elegancia. Era rubio, alto, tenía ojos claros, la mirada incisiva, más que despejada la frente. Usaba bastón –lo que ya en Washington era pretencioso– y un esnobismo impenitente. Lo que es más raro aún: le sobraba el sentido del humor, tenía amigos y le querían. Como hablaba varios idiomas –inclusive el español pues, como dijimos, había vivido de muy joven dos años como primer secretario en la Argentina– los representantes de los países extranjeros preferían entenderse con Welles. Hull que no hablaba otro idioma que el propio, un tanto cerril, con el acento de Tennessee, no lo ignoraba. Tampoco le complacía.

en Mr. Hull, el negociador. Fue a verlo y el preciso día de la entrevista comienza el via crucis de nuestro protagonista. Duraría años. Hull, ex-senador y sin contactos diplomáticos, le explicó cauteloso que debía desconfiarse de esos irritables senadores del Middle West a quienes no podía hablarse de la importación de carnes y granos puesto que, precisamente para impedirla, estaban en el Senado. Le aconsejó prudencia y paciencia. Y Espil sabía que esas dos virtudes son hijas del tiempo. Sin embargo, en los oídos de nuestro Embajador seguían zumbando las palabras del mismísimo Presidente Roosevelt quien semanas antes en una audiencia habíale dicho: "estamos listos para sentarnos alrededor de una mesa y explorar las posibilidades de llegar a alguna especie de tratado comercial con la Argentina". Y dice la señora de Espil en su precioso libro sobre sus años de Embajadora al comentar la frase: "la palabra 'explorar' es demasiado elástica. Nunca soñé que un tratado pudiera convertirse en una tediosa y persistente pesadilla"²³. Esto ocurría el 5 de octubre de 1933 fecha en que Espil presenta la nota definiendo la posición argentina a los pocos meses de la asunción de Roosevelt y de recibirse Espil de la embajada.

Con ese conjunto de virtudes y defectos y por obra del azar y, a veces, de deliberadas circunstancias desplazaba a Hull, su superior jerárquico. Este no recibía como Welles, ni tenía su fortuna, ni su don de gentes, ni su simpatía. Inclusive exteriorizaban sus inteligencias de distintas maneras pues sus talentos y talantes no corrían por idénticos cauces. De ahí que la amistad recíproca fuese relativa y relativa también la comunidad de ideas en el codo con codo de la a veces riesgosa y difícil tarea común. Agrégase a ello que a Welles le incomodaba su inferior jerarquía respecto de Hull lo que le impulsaba, cuando éste abandonaba sus funciones por razón de oficio, a atribuirse facultades e invadir territorios que en rigor no le correspondían.

En la órbita de los asuntos panamericanos tampoco podía hablarse de coincidencia. Hull debió afrontar en las sucesivas conferencias la sorda y enconada resistencia de muchos países. Le era difícil poner de manifiesto los propósitos del buen vecino poderoso y opulento que tantas pruebas había dado de lo contrario. Y sobre todo durante seis años habíase visto obligado a resistir las tremendas embestidas de ese intolerable adversario que era Saavedra Lamas, quien, infatigable, ponía a prueba su carácter, su paciencia, su dignidad. De ahí el rencor que fue acumulando hacia la Argentina, hacia sus hombres que calificó de intratables. Cuando la guerra, después de la Conferencia de Río de Janeiro, le llegó su momento. Obstinado en obtener que la Argentina abandonara su neutralidad presionó a los demás países, buenos vecinos también, para que con ella rompieran relaciones. Quiso rodearla con un cerco, encerrarla. Tal vez era esa la cara pasiva del "espléndido aislamiento".

Welles estaba en otra cosa. En el Departamento de Estado la situación era tensa y la crisis inminente. La noticia de la rivalidad con Hull corría las calles. Las misiones extranjeras no sabían con quien entenderse. Cuando Pearl Harbor se desata en Hull una crisis nerviosa que lo obliga al descanso. Cuando vuelve se encuentra con Welles y con una secretaria de Estado desconocida. Y entonces se entrevista con Roosevelt. Welles renuncia el 22 de agosto de 1943. Al año siguiente renunciaba Hull.

23. Courtney Letts de Espil, "La esposa del Embajador. Diez años en la Embajada Argentina en Washington. 1933-1943". Buenos Aires, 1967, p. 19.

Harold Peterson, historiador y profesor en la State University of New York, escribe que "a lo largo de los diez meses siguientes con una regularidad casi exasperante, el ministro de Relaciones Exteriores Saavedra Lamas y el Embajador Espil tomaron contacto con representantes del Departamento de Estado para la negociación de un acuerdo comercial recíproco"²⁴.

VIII

Otro acontecimiento, sin embargo, de mayor gravedad y trascendencia alertaría a las cancillerías. Trátase del conflicto boliviano-paraguayo, que se transformaría en sangrienta contienda y cuyo escenario, llegando hasta nuestra frontera, nos obligó a tomar precauciones y posiciones. El 12 de julio de 1928 un primer intento de mediación fracasa y se retiran de Buenos Aires los cancilleres beligerantes. Créase entonces, a iniciativa de los Estados Unidos, una Comisión de Neutrales con sede en Washington integrada por cinco Estados no fronterizos. A mediados de 1932 comienza la guerra en serio. La gestión de paz no se concreta. La Argentina entonces, respetando a la Comisión de Neutrales y para vigorizar su acción, promueve la acción conjunta del Brasil, Chile, Perú y por supuesto la Argentina. El ABCP ofrece su mediación amistosa. El 28 de julio de 1932 el doctor Espil se apersona al Secretario de Estado para informarle de la iniciativa. Stimson le comunica el propósito de su país de "no reconocer conquista territorial alguna en esta controversia obtenida por la fuerza de las armas". La Argentina, por intermedio de Espil, hace suya esa posición.

A todo esto la Comisión de Neutrales, movilizada por Stimson, se decide en septiembre de 1932 a proseguir sus gestiones de paz. Introduce la figura del arbitraje. Una delegación sería la encargada de cuidar su ejecución y los países neutrales los encargados de sancionar a quien lo violara. Mientras tanto habíase firmado en Buenos Aires un mes antes, el 6 de agosto, el acuerdo entre los países limítrofes, el ABCP. Saavedra Lamas nuestro nuevo canciller advierte de inmediato en la propuesta de los neutrales el síndrome intervencionista ajeno al estilo argentino. Y escribe a Espil categórico: "... esta Cancillería no acompañará a la Comisión de Neutrales".

Algo más delicado aún se ocultaba tras esas inocentes y humanitarias gestiones de paz. Una cosa eran los buenos oficios y la influencia moral que, a través de los países limítrofes, el ABCP pretendía ejercer y otra el arbitraje impuesto y las sanciones, posibles porque previstas, del proyecto de la Comisión de Neutrales. Y lo que es aun peor sin instrumento legal alguno que las autorizara y sirviera de respaldo. Por eso en la oposición a estas normas el jurista y el diplomático se daban la mano. Y otra pregunta: el orden de lo coercitivo, ¿cómo puede aplicarse en ausencia de un tratado anterior a los hechos?

24. Peterson, ob. cit. pp. 407 in fine, 408 y concordantes.



Presidente Juscelino Kubitschek, Presidente Eugenio Aramburu,
Vice-presidente João Goulart y Embajador Felipe A. Espil,
Río de Janeiro, 1956.

Todo eso parece un poco casuístico, hijo de una minuciosidad analítica en afilante contraste con la realidad de los que simultáneamente se estaban matando en las selvas del Chaco Boreal. Pero no era así; lo que estaba en tela de juicio hace a la interpretación misma del sistema inter-americano, a su esencia. Al circunscribir todos los problemas, como lo deseaban los Estados Unidos y se deducía de la interpretación de la Doctrina Monroe, a los límites hemisféricos, se mutilaban las posibilidades de los países americanos cuyos intereses y vínculos podían proyectarse hacia el exterior del continente. De ahí el empeño universalista porque no se dejara de lado a la Liga de las Naciones, a la que pertenecían ambos beligerantes, en cuanto pacto anterior al conflicto e idóneo para resolverlo.

Es en estas circunstancias cuando aparece en el horizonte de la diplomacia un nuevo personaje: el doctor Carlos Saavedra Lamas. En su libro de memorias "Time of decision" dice Sumner Welles: "es uno de los estadistas más capaces que ha producido el hemisferio occidental en nuestra generación. Como Ministro de Relaciones Exteriores fue astuto y enérgico, incansable e intolerante. Para él lo más importante eran las relaciones de la Argentina con Europa. Estaba firme en su decisión de que debía mantenerse la supremacía argentina como líder de los países hispanoamericanos y que debía evitarse que los Estados Unidos siguiesen aumentando su influencia política en el hemisferio". Y sigue diciendo Sumner Welles: "elocuente, brillante, dictatorial, convertíase en cualquier parte en la figura dominante"²⁵.

Sí, así era Carlos Saavedra Lamas. Nada le costaba ser altanero y distante. Tal vez no era un seductor, ni un hombre querido, tal vez era demasiado orgulloso para ser agradable y simpático como decimos nosotros los argentinos. No se olvide que simpatía es afecto, afinidad, comunidad de sentimientos. Pero tenía talento, tenía una desafiante y pasmosa y arrolladora seguridad. Cuando su actuación la Argentina ocupaba en el ranking de las naciones el séptimo lugar. Tampoco se olvide ese detalle. Y seguía creciendo. Carlos Saavedra Lamas intuyendo para ella un futuro de autoridad y de prestigio procedía en consecuencia. Le tenía reservado un lugar de privilegio en el sur de las Américas. Sabía que los Estados Unidos estaban demasiado lejos, que en caso de peligro y de amenaza exterior su flota no alcanzaba a proteger ni siquiera la cuenca del Amazonas. Sabía también que éramos europeos y latinos por la sangre y el espíritu. No corresponde, escribíale en diciembre de 1927 al doctor Restelli, "establecer nunca una oposición ruinosa a los Estados Unidos, ni divergencia violenta con ningún otro país. La contradicción, para ser eficaz, debe mantenerse en los límites de la prudencia y mesura necesarias porque la política internacional de nuestro país debe seguir la norma aconsejada por Washington en su discurso de despedida: "amistad con todos y alianza con ninguno". "Ello no excluye la acción de una noble solidaridad"²⁶.

25. Sumner Welles, *The Time for Decision*, Harper & Brothers Publishers, New York and London, Chapter V. *The good neighbor policy*, pp. 185-241. Hay traducción española: "Hora de Decisión", Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1944. Las referencias del texto en pp. 253/4.

26. Saavedra Lamas a Restelli, 13.12.1927, ver nota nº 12.

Al distinguir Saavedra Lamas entre lo jurídico y lo político tenía un aliado instintivo en Espil. Apenas se conocían pero la colaboración se iba estrechando. "En asuntos políticos, escribía, no debemos subordinarnos a la hegemonía de los Estados Unidos pero tampoco convertirnos en paladines de las otras repúblicas contra la gran nación del Norte". Creía en la irradiación natural de nuestra cultura y nuestro progreso, no a través del derecho público porque eso era lo político, para lo que aconsejaba la más "serena equidistancia", sino a través del "dominio eficiente pero menos ostentoso del Derecho Internacional Privado, convirtiendo a Buenos Aires en el centro de una vasta red de progresivas relaciones convencionales"²⁷.

A todo esto la guerra del Chaco seguía su curso inexorable. Alrededor de cien mil hombres morían en los esteros y las selvas. La ofensiva de Estigarribia comenzaría a desequilibrar las acciones bélicas. El programa de la Comisión de Neutrales no se llevaba a la práctica.

La Cancillería argentina le hace conocer a la Comisión de Neutrales su disidencia. Se comentaba que los rigurosos términos de la nota de Saavedra Lamas habrían sido dulcorados por la mano de Espil²⁸. Lo cierto es que la Comisión de Neutrales desaparece y que Bolivia se opone a la intervención de la Liga de las Naciones. La solución de la guerra volvía al ABCP, a la comisión de los países limítrofes, volvía a la hospitalidad de Buenos Aires donde se reunirían los mediadores con los beligerantes. La solución del conflicto volvía a sus cauces naturales, los que trazaban la geografía y la cordura. Como escribió nuestro malogrado amigo el historiador Gustavo Ferrari "el triunfo argentino fue total"²⁹.

Pero faltaba todavía el instrumento jurídico susceptible de dar forma y contenido a la solución de paz intentada. El doctor Saavedra Lamas con inusitada diligencia prepara el proyecto que sería conocido con el nombre de Pacto Antibélico de no agresión y conciliación. No había otro en América y de ser aprobado ya no era necesario acudir a la Liga de las Naciones. No había sido concebido con destino exclusivo al sistema interamericano ni se refería para nada a la guerra Boliviano-Paraguaya. Pero era el instrumento idóneo para ponerle término, a él se ajustaba la solución del conflicto. Estamos en noviembre de 1932. El 18 aparece su texto en los diarios de Buenos Aires. Pero dos meses antes, en septiembre, Espil había hecho traducir el Pacto Antibélico en Washington, lo comunicaba oficialmente al Departamento de Estado el día veintiuno y le daba luego adecuada difusión impresa.

27. Saavedra Lamas a Restelli, 13.12.1927, ver nota nº 12.

28. v. "La política argentina en la guerra del Chaco", Ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 1937, pág. 439. En igual sentido Peterson con referencia a los Foreign Relations papers, 1932, V, pp. 203/206". El Embajador Espil suavizó –escribe– los términos de la acusación del Ministerio de Relaciones Exteriores". Id. "La Prensa" de Buenos Aires, noviembre 18 de 1932.

29. Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari, "Política Exterior Argentina 1930-1962", Editorial Huemul, Buenos Aires, 1964 y EUDEBA, Buenos Aires, 1981.

De manera entonces que cuando se reúne en Montevideo, en diciembre de 1933, la VII Conferencia Internacional de Estados Americanos la Argentina logra que el Pacto de Saavedra Lamas se incorporase al temario para su tratamiento. Según el historiador y profesor de la Universidad de Yale, Samuel Flagg Bemis, el "exaltado pacto" –que así lo califica– "fue una estratagema para arrebatarse a Estados Unidos la dirección del movimiento panamericano". También, usando de gruesa ironía, se refiere al Pacto Antibélico como un amasijo de disposiciones ya conocidas y exclama: "he aquí que del sombrero de un diplomático mago sale aleteando una paloma de paz"³⁰.

La Conferencia de Montevideo fue para nuestro Embajador en Washington motivo de serias preocupaciones. Cordell Hull había decidido asistir, lo que indicaba la importancia que le atribuía. No había conseguido Espil que se postergara, pese a las instancias de Saavedra Lamas, pues Hull razonaba que la postergación, en los momentos por los que atravesaban los Estados Unidos después de la infructuosa Conferencia Económica de Londres, equivalía a un fracaso. Además recibía Hull, y Espil lo sospechaba, una nutrida correspondencia del Embajador de los Estados Unidos en la Argentina, Robert Woods Bliss, hombre de aprecio y prestigio, diciéndole que Saavedra Lamas consideraba a los Estados Unidos como el primer obstáculo para sus planes de unión latinoamericana bajo la conducción argentina. "Yo no lo creo antinorteamericano de sentimientos, pero trata de contrarrestar lo que considera nuestra influencia preponderante en toda América". Y agregaba que si se oponía a nuestro panamericanismo, era "para colocar a la Argentina en primer plano"³¹.

Con el correr de los años las relaciones de Hull con Espil se habían vuelto cordiales y en las numerosas entrevistas previas a la Conferencia de Montevideo, interesado Hull como lo estaba en conocer la personalidad y características de Saavedra Lamas, insistía en indagarle y, según puede deducirse de los resultados de esos diálogos, llevóse Hull la convicción de que para apaciguar su carácter brioso no había mejor camino que el de la transacción temperante, sobre todo en lo que atañía al Pacto Antibélico³².

Y así fue. Saavedra Lamas, aprovechando de la visita del Presidente Justo a Río de Janeiro, dos meses antes de la Conferencia, obtuvo la firma del Pacto por el Brasil, Chile, Méjico, Paraguay y Uruguay. Los seis países invitaron a las demás repúblicas americanas a adherirse y también a algunos países de Europa. Llegado el día de la Conferencia ya no era el Pacto un simple proyecto, prácticamente lo habían aceptado ya las naciones del hemisferio y todo esto, dice Bemis, a espaldas de los Estados Unidos. Lo que no era cierto. Pero Bemis, se extasía ante el resultado y agrega: Saavedra Lamas "contraatacó con un golpe notable"³³.

30. v. Bemis, ob. cit., pp. 271 y 274.

31. Arthur P. Whitaker, *The United States and Argentine*, pp. 123/4. Bliss fue embajador en la Argentina durante seis años, desde 1927 hasta 1933, en que fue reemplazado por Alexander Weddell.

32. Según Jefferson Caffery, entonces subsecretario de Estado, el embajador Espil le habría manifestado "que si los Estados Unidos querían conquistar a Saavedra Lamas en Montevideo tenían que adherirse a su pacto" (Memorándum del 31.10.1933. For. Rel. 1933, IV, 233). Ver id. Peterson, cit. 431.

33. Ob. cit. p. 276.



Sesión académica el día 18 de mayo de 1987. Embajador del Brasil D. João Hermes Pereira de Araujo, Sub-Secretario de Política Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Embajador Jorge Mauhourat, Embajador Carlos Manuel Muñiz, Doctor Horacio Zorraquín Becú, Embajador Ricardo J. Siri y Embajador de Chile, D. Arturo Fontaine Aldunate.

Cuando llega Saavedra Lamas a Montevideo y se aloja con la numerosa delegación en Carrasco aparece Hull de visita sin previo aviso. La sorpresa fue grande. Hull, un poco solemne como lo era, le comunica a Saavedra Lamas que su gobierno tiene decidido suscribir su tratado antibélico. Además le pide sea el orador que propicie en la Conferencia la propuesta de paz. Saavedra Lamas, atónito, no podía imaginar tanta belleza. Por su parte sólo estaría obligado a apoyar en principio el proyecto económico presentado por los americanos. "La Conferencia de Montevideo, dice Whitaker en su conocido libro, se convirtió en una fiesta de la amistad"³⁴. Los consejos del Embajador Espil a Hull no habían caído en saco roto. Peterson, profesor de historia de la State University of New York dice que, "merced a los esfuerzos de su sagaz representante, la Argentina contribuyó en medida notable a que la Conferencia de Montevideo fuera la más exitosa de todas las conferencias interamericanas"³⁵.

IX

Casi transcurridos los cuatro años de su primer período presidencial Roosevelt, en 1936, se postula para la reelección. El New Deal, tema gastado, es reemplazado como atractivo electoral por la política de la Buena Vecindad. En ella pone Roosevelt el acento. Cuando el famoso discurso pronunciado en Chautauqua al oeste de New York, no vacila en decir: "Todo el mundo sabe ahora que los Estados Unidos no alientan ambiciones rapaces. Somos fuertes pero las naciones que no lo son no deben temernos, sólo deseamos la paz. Por todo el ámbito del hemisferio occidental nuestra política de Buena Vecindad ha rendido frutos estimulantes. Antes de que emprendiéramos esta política las repúblicas americanas del Sur alimentaban resentimientos y temores porque algunos de nuestros gobiernos habían ofendido su orgullo nacional y sus derechos soberanos. Ahora todo ha cambiado. Las 21 repúblicas viven juntas en paz y amistad"³⁶.

Esa realidad, más o menos idílica, lo indujo a propiciar una nueva conferencia panamericana. Mientras tanto presiona Saavedra Lamas sobre los gobiernos de Bolivia y Paraguay para que acepten las bases que se les han remitido. El 27 de mayo se reúnen en Buenos Aires los cancilleres de los países beligerantes con los representantes de los mediadores y el 12 de junio de 1935 firman el Protocolo de paz con Bolivia y Paraguay, la Argentina, el Brasil, Chile, Estados Unidos, Perú y Uruguay. El General Agustín P. Justo comienza su discurso diciendo: "Es para mí, Presidente de la Nación Argen-

34. Del libro de Arthur P. Whitaker existe una traducción española: "La Argentina y los Estados Unidos", Buenos Aires, 1956, p. 124. Agrega Whitaker "que en la fiesta de la amistad Hull y Saavedra Lamas representaron los papeles de Damon y Pitias". Según Cordell Hull Saavedra Lamas le habría dicho: "Seremos las dos alas de la paloma de la paz, usted la económica y yo la política" (Memoirs of Cordell Hull, New York, 1948, 2 vol. p. 327). En cambio, Samuel Flagg Bemis no puede con su genio y recurre a la bíblica figura: "Saavedra Lamas fue el lobo de la conferencia, Cordell Hull el cordero" (cit. p. 278).

35. Ob. cit. p. 434.

36. C. L. de Espil, cit. pp. 77.

tina, un gran honor y una alta satisfacción declarar y anunciar solemnemente que la guerra del Chaco ha terminado" y a continuación Saavedra Lamas, Presidente de la Conferencia de Paz, declara que "La noble paz a que se aspiraba no podía subordinarse a la preocupación pueril de una paternidad exclusiva, es obra de toda América"³⁷. Pueril o no, exclusiva o compartida la paternidad, lo cierto es que al Pacto Antibélico se le dio el nombre de Saavedra Lamas y que al año siguiente no fue América sino el doctor Saavedra Lamas quien recibiera las palmas del Premio Nobel.

Tras la paz del Chaco y tal vez inducido por ella y por las felices coincidencias de la Conferencia de Montevideo insiste Roosevelt en la convocatoria de una nueva Conferencia especial Interamericana de Consolidación de la Paz. Según Peterson, Roosevelt advertía la existencia de "grietas en la maquinaria de paz hemisférica".

El primer problema que se le planteaba era el de la sede de la Conferencia. Para Saavedra Lamas no podía ser otra que Buenos Aires. Tanto Alexander Weddell a fines de 1935 como Braden a comienzos de 1936, representantes en Buenos Aires, informaban al Secretario Cordell Hull acerca de la seria preocupación del Canciller argentino y de los desagradados que la elección de otra sede podría provocar. Espil en Washington, sabedor de cuanto ocurría y que a tantos desvelaba, se acerca a su amigo Cordell Hull, el veterano de Montevideo y hasta se entrevista casualmente con el Presidente llevando como obsequio la buena nueva de que el 21 de enero Bolivia y Paraguay habían ratificado el Protocolo de Paz de Buenos Aires.

El 30 de enero el Presidente Roosevelt le escribe al General Justo sugiriéndole la posibilidad de convocar a una Conferencia Interamericana y de que ésta se celebrase en Buenos Aires. El 22 de febrero acepta la propuesta el General Justo y le invita a inaugurar la Conferencia.

También recibe una carta el Embajador Espil. La firma Saavedra Lamas. "Sugirióole –le escribe– la idea de que usted venga a Buenos Aires como delegado... contribuyendo con su conocimiento de los americanos al éxito de esta Conferencia. Nos dará así la feliz oportunidad de recibir su visita, con su señora". La señora de Espil aún no conocía a Buenos Aires³⁸.

Estados Unidos estaba pendiente del triunfo electoral de Roosevelt. Reelegido presidente por amplia e inusitada mayoría nada se oponía ya a su viaje y así se lo dice personalmente a Espil. Tenía decidido contribuir con su presencia al brillo y esplendor del encuentro de Buenos Aires y el 30 de noviembre llega al río de la Plata pasajero a bordo del acorazado Indianápolis.

Un mes antes, a principios de octubre, viajaba Espil a Europa para reunirse previamente con Saavedra Lamas que desde septiembre se encontraba en Ginebra presidiendo la Asamblea General de la Liga de las Naciones. Espil llega a Londres. Le espe-

37. Carlos Alberto Silva, "La Política Internacional de la Nación Argentina", Buenos Aires, 1946. El discurso del Presidente Justo, p. 369; las palabras de Saavedra Lamas, p. 370.

38. C. L. de Espil, ob. cit. p. 77.

raba Le Breton, su gran amigo, ahora Embajador en Francia. Salen para París donde se encuentra Espil con Saavedra Lamas. Apretaba el tiempo. El 29 de octubre Espil y su señora toman en Villefranche el Comte Biarcamano rumbo a Buenos Aires. Volvía Espil con el dolor de no haber obtenido, pese a sus denodados esfuerzos, que el Senado americano ratificase la Convención sanitaria y se firmase el Tratado de reciprocidad comercial con la Argentina.

La llegada de Roosevelt a Buenos Aires, en vísperas de la Conferencia, se convirtió en genuina apoteosis. A ello contribuyó su excepcional carisma, la simpatía que generoso desplegaba, su fama, la distinción que su presencia significaba para los argentinos siempre sensibles a esas manifestaciones de humana cordialidad. El mismo Roosevelt escribía sorprendido y emocionado que a lo largo de las varias millas del trayecto entre el puerto y la Embajada americana en la entonces Avenida Alvear y desde ésta, ida y vuelta, hasta la Casa Rosada, el pueblo transformado en muchedumbre se había volcado a las calles, flores y palmas, vivándolo y aplaudiendo.

El 1º de diciembre, quedaba inaugurada en el Congreso la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz. Cordell Hull, Sumner Welles, Adolf Berle y el Embajador Weddell, entre los más destacados, integraban la comitiva americana. No menos nutrida e importante era la delegación argentina que Saavedra Lamas presidía. Diré sus nombres: Roberto M. Ortiz, Miguel Angel Cárcano, José María Cantilo, Isidoro Ruiz Moreno, Leopoldo Melo y por supuesto Felipe Espil.

Los discursos inaugurales de ambos presidentes claro está que no fueron antagónicos pero tampoco, por qué no decirlo, coincidentes. Para quien sabía escuchar no era lo mismo referirse, como lo hizo Justo, a la Sociedad de las Naciones y recordar los vínculos que nos unían a Europa, que aludir sistemáticamente, como lo hizo Roosevelt, a los pueblos de este hemisferio y a la necesidad de su unión y agrupamiento para oponerse a las agresiones externas. "Los grandes ideales humanos a los que estamos dispuestos a servir, diría después Saavedra Lamas, no tienen límites ni restricciones continentales".

Al día siguiente se despide Roosevelt con un almuerzo al General Justo en la Embajada de su patria. Lo invita formalmente a visitar los Estados Unidos y apartándose del discurso que llevaba escrito formula la siguiente e inesperada declaración: "trataré personalmente de que el Senado de mi país ratifique la Convención Sanitaria con lo cual eliminaremos una injusticia y en fecha cercana iniciaremos conversaciones para negociar el tratado comercial con ventajas para ambos países". Espil pensó de inmediato en el "too good to be true".

Las relaciones de la Argentina con los Estados Unidos durante la Conferencia fueron ásperas, por momentos desagradables. La doctrina universalista de nuestros delegados se oponía a la formación del cerrado bloque hemisférico que impulsaba la delegación americana. Gracias a la inteligente intervención del Brasil, a través de Macedo Soares y Osvaldo Aranha, íntimo amigo de Espil, pudo arribarse a textos intermedios y conciliatorios, eco apagado de los originales de Hull. Era el sacrificio exigido por

la cortejada unanimidad. Con el recuerdo anclado en la luna de miel de la Conferencia de Montevideo, tres años antes, volvió Cordell Hull a su tierra con la convicción de que Saavedra Lamas le había traicionado. "La línea argentina, insiste Peterson, era coherente y tenaz, no quería y lo obtuvo que se aislara al continente de Europa". Pero el resentimiento de Cordell Hull perduró y sus consecuencias fueron funestas, incluso en sus relaciones con Sumner Welles y a pesar de que en dos oportunidades Saavedra Lamas apoyó enérgicamente su candidatura al Premio Nobel. Hull en sus "Memorias" dirá de la Argentina que es "intratable"³⁹.

39. Todo hubiese permitido suponer que la Conferencia de Buenos Aires, en cuanto continuadora de "la luna de miel" de Montevideo, según expresión de Whitaker, debía celebrarse bajo los mejores auspicios. Además se trataba fundamentalmente de consolidar los mecanismos de paz interamericanos cuya debilidad había puesto de manifiesto la guerra del Chaco. Pero no fue así. Los proyectos preparados por la delegación norteamericana y la argentina eran recíprocamente incompatibles. Saavedra Lamas conocía el proyecto de Hull desde octubre de 1936 y estaba bien pertrechado para combatirlo. Chocaba, por otra parte, con sus ideas más arraigadas, con su oposición permanente al espíritu de aislamiento hemisférico en que se complacía la política americana. Estaba, además, el Canciller argentino y Presidente permanente de la Conferencia en el cenit de su prestigio. Había presidido la Asamblea de la Liga de las Naciones en Ginebra y, coincidiendo con las deliberaciones de Buenos Aires, recibido el 12 de diciembre el premio Nobel de la Paz. Treinta naciones habían firmado su pacto antibélico de 1933. Por su obra la Argentina se había reincorporado a los foros internacionales y gravitaba con su pujanza de país joven y en raudo crecimiento. Estaba vinculada a las naciones latinas de América cuyos principios, sobre todo el de no intervención, había defendido con exitosa tenacidad, pero también mantenía intactos sus estrechos y tradicionales lazos con Inglaterra y los países de Europa.

Hull no se batía en retirada pero poco pudo contra lo que algunos historiadores americanos llaman la intransigencia de Saavedra Lamas. Del proyecto elaborado en Washington, como afirma Peterson, sólo aprobó la Conferencia "una sombra". Lo coercitivo se había transformado en voluntario, las consultas obligatorias se redujeron a optativas o condicionales. La transacción de Hull, dice Bemis amargamente, "dejó únicamente la cáscara de un tratado".

Peterson agrega que "Al malograr los objetivos norteamericanos y realizar el liderazgo argentino Saavedra Lamas había cumplido una actuación magistral. Rehusaba respaldar una más fuerte organización interamericana a menos que esta coordinara su sistema de seguridad colectiva con el de la Liga de las Naciones". La síntesis de Carlton J. H. Hayes es quizá mejor: "se opuso a cuanto pudiera aislar al hemisferio de Europa" (Essays on Nationalism, N. York, p. 51). Y ese logro fue el que convenció a Cordell Hull de que "la Argentina era irremediabilmente recalitrante".

Según Whitaker, Hull "incapaz de comprender ni su fácil éxito de Montevideo ni la imposibilidad de repetirlo en Buenos Aires, miró desde entonces a todos los gobiernos de Buenos Aires con malos ojos. Sus opiniones llegarían a ser importante factor en la creciente discordia entre Washington y Buenos Aires en la década siguiente".

X

Vuelve Espil a Washington en febrero de 1937 y al poco andar, el día 25, le escribe al Presidente Justo: "Estuve con Roosevelt transmitiéndole sus conversaciones con Hull y con Welles. Ellos saben, le he dicho, que la base de su política continental americana –la de Roosevelt– reside en marchar de acuerdo y en armonía con la Argentina. Si eso no ocurre esa política está destinada al fracaso". Llega Espil a Washington para recoger los ecos de la Conferencia pero sobre todo para conocer las reacciones provocadas por las declaraciones de Roosevelt. Los representantes del Middle y Southwest, los productores de carne y de trigo, los conocidos como The Farm Bloc ardían de rabia no contenida. Arthur Vanderberg, el senador republicano por Michigan, prestigioso amigo de nuestro Embajador, vociferaba: "¿con qué derecho pudo decir Roosevelt que se iba a ratificar la Convención Sanitaria? ¿Acaso consultó al Senado para hacer esa absurda declaración? Nosotros vamos a resistir cualquier tratado que nos traiga más trigo y más carne de la que ya tenemos". Por lo visto Roosevelt no era el mago que se creía en la Argentina. Sus plenos poderes eran relativos. Debía cuidarse para que su autoridad no disminuyera o se esfumara. Y Vanderberg insistía: "me han dicho que en Buenos Aires Alexander Weddell ha colocado en la Embajada una placa de mármol donde se lee "aquí ha dormido dos noches Franklin Roosevelt" "¿Pero quién se cree nuestro Embajador que es Roosevelt? ¿Jesucristo?"⁴⁰.

Pasaría el tiempo sin que la situación se alterara. En octubre de 1939 despierta entre estertores la política de Buena Vecindad fijando la fecha del 16 para el comienzo de las negociaciones de nuestro Tratado de Comercio. Lo curioso es que las negociaciones coincidían con la invasión alemana de Polonia y la declaración de guerra de Francia e Inglaterra. El sentido de la oportunidad no prevalece pero las conversaciones continúan. Técnicos americanos parten para Buenos Aires donde se firmaría verosímilmente el Tratado. Nuestro Embajador frente a esas realidades y despojándose por fin de todo recelo le escribe a José María Cantilo, el nuevo Canciller: "A usted le corresponderá el honor de suscribir el acuerdo por el que nuestro país ha bregado infructuosamente desde hace medio siglo. Algún día, concluye, se reconocerán mis esfuerzos".

Pero tampoco pudo ser. Hull, temblando por su inexistente futuro político, anunció, tras el frustrado intento de seguir modificando los textos, que las negociaciones habían fracasado. Ya estábamos en 1940. Hubo que esperar hasta el martes 4 de octubre de 1941. La guerra, extraño caso, sirvió de detonante. Las dos naciones neutrales obligadas por la alteración del comercio, el trastorno de la economía y la escasez de bodegas se unieron en un tratado que durante años las políticas contradictorias impedían concretar. No estaba en juego esta vez la de la Buena Vecindad. Sólo faltaban cincuenta y cuatro días para el ataque japonés a Pearl Harbor.

40. C. L. de Espil, cit. pp. 96/99.

Mientras tanto el pueblo americano refugiábase en su espléndido aislamiento. Esa neutralidad aislacionista era, por otra parte, su política tradicional e instintiva. Claro está que Espil no podía llamarse a engaño. Tras esa apariencia estaba la política de Roosevelt peligrosa por lo desafiante. Pearl Harbor no podía sorprender ni sorprendió a los estrategas americanos. Sorprendió sí el lugar escogido por la imaginación nipona para el ataque. Se le aguardaba en Las Filipinas.

Nuestro Embajador desde hacía más de un año venía advirtiendo a su gobierno que "los Estados Unidos se estaban desplazando vertiginosamente hacia una posición que no puede considerarse neutral y que es capaz de arrastrarlo al conflicto". Informábase también, por su repercusión sobre la eventual posición argentina, que "influyentes sectores de las fuerzas armadas norteamericanas compartían el criterio del llamado cuarto de esfera en cuya virtud se estimaba imposible llevar la defensa continental más allá de la cuenca amazónica".

Con Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, llegó la guerra y con la guerra los tiempos amargos para los países neutrales. Y la Argentina lo era. Quienes hasta la víspera argüían su fanática defensa del neutralismo aislacionista se convirtieron de pronto en agresivos beligerantes. Y era casi lo lógico. El famoso *misunderstanding* corría las calles. Exigía la solidaridad estentórea, la declaración de guerra inmediata. Le era imposible comprender que un lejano país del cono sur no marcara el paso de la unidad hemisférica, del todos uno en la compacta beligerancia continental. No podía comprender que su misma lejanía desguarnecía, al dejarlo indefenso, el frente común de la guerra y que Inglaterra, que en esos momentos llevaba casi sola sobre sus hombros insulares la heroica carga de la militancia, necesitaba de su tráfico para sobrevivir. Que todo ello ocurriera, pensándolo hoy ayudados por la perspectiva del tiempo, era quizá lo lógico. Pero entonces, quienes padecieron esas circunstancias, nuestros Embajadores, por ejemplo, Felipe y Courtney Espil, vivieron duros tiempos de amargura. Más de una vez y como índice, el simpático "que tal Felipe" del saludo de algunos amigos se transformó en un seco: "como está señor Embajador".

Otros rumbos le aguardaban: a fines de 1943 le llaman de la Cancillería y permanece en Buenos Aires hasta hacerse cargo de la Embajada en España. A principios de 1946 integra como vice presidente la Delegación Argentina a la primera Asamblea de las Naciones Unidas que tuvo lugar en Londres; en marzo presenta como Embajador sus credenciales al rey Jorge VI.

Pocos meses permanecería en ese nuevo destino. Desde 1947 hasta 1955 vuelve al país y a sus actividades particulares hasta que el General Lonardi, en noviembre de 1955, lo llama para confiarle la Embajada en el Brasil.

XI

Mientras urgido por el tiempo escribía estas líneas añoraba el diálogo con el Embajador. Cuántas dudas no hubiese aventado, cuántas páginas, en este intento de resucitar un pasado tan próximo que parece un presente, no hubiese tal vez corregido con esa su prosa sobria, lisa, despojada de lujos y abalorios inútiles.

Por eso lamento que Felipe Espil no haya escrito sus memorias. Las escribió John Quincy Adams al que Espil leía y releía, el que decía que su estilo, a fuerza de cauto y prudente para que sus frases no fuesen alevosamente interpretadas, se había acalambrado. Sus difíciles amigos, sus adversarios del Congreso y de la Secretaría de Estado, sus amistosos enemigos, como solía decir Courtney Espil, ya las habían escrito. Las de Cordell Hull y Sumner Welles aparecieron en 1948 y 1944. Hasta las de Sir David Kelly que fuera Embajador en la Argentina, tan inglesas, se imprimieron en 1952. Es cierto que la señora de Espil en 1967 había publicado sus recuerdos de los segundos diez años de vida diplomática en Washington. Pero su libro, que calificué de precioso y en el que tanto me he inspirado, solo pudo traducir el medido resplandor de una vivaz pero discreta intimidad diplomática. Por eso insisto en lamentar el silencio del doctor Felipe Espil.

Admiraba a los Estados Unidos como los admiramos la inmensa mayoría de los argentinos; quería a su pueblo, lo conocía más y mejor que muchos en sus grandes virtudes, en sus emprendimientos y hasta en la hondura a menudo inocente de sus defectos; lo conocía en su superficialidad y en su trascendencia. Sabía como pocos que el continente necesitaba de nuestras manos tendidas a través del espacio y le desesperaba la mutua incomprensión, los celos, la desconfianza. Veía a veces crecer con angustia y dolor los resentimientos, la estéril vocación del desafío.

En lucha agotadora que no conocía reposo ni tregua bregó por el mutuo entendimiento, por la convivencia, porque depusiéramos nuestras discordias sobre la mesa tendida por una inteligente y constructiva tolerancia.

Trató de que se comprendiera a la Argentina, a la sangre latina que corría por sus venas, a sus vínculos imperecederos con una Europa que le había dado sus libros, su gente, su industria, el tráfico de su comercio y el de sus ideas. Con paciencia infinita iba tendiendo los puentes.

Pero quiso Dios que también le tocara vivir el tormento y la tormenta de la guerra cuando el razonar se torna difícil y la inteligencia se vuelve despiadada.

A lo largo de los años, sin desfallecer, Embajador en permanente vigilia, con el oído atento a los rumores mínimos, decidido y sagaz, preservó nuestros intereses, se ajustó con fidelidad a nuestra política, la defendió con autoridad, con ahínco extremado, con altura, con una nunca claudicante dignidad. Puso al servicio de nuestra causa "sus férreos principios" –que así los calificó quien muy de cerca le conocía–, su indomable

voluntad. Fue serio, trató de ser equilibrado y justo. Supo desde el comienzo con Talleyrand, que la diplomacia era un noble oficio, que "no era la ciencia de la astucia, de la arteria y la duplicidad". Por eso se le respetó. Por eso ha de quedar en el recuerdo un Felipe Espil como incomparable abogado de la Argentina; ha de quedar su alegato, fruto maduro de un exaltado amor a la patria que sólo habría de concluir con su muerte.